
Olivia T. Turner
MARCADA POR EL
GRIZZLY
DE BOCA SUCIA

MARCADA POR EL GRIZZLY DE BOCA SUCIA

CALOR & TINTA

LIBRO 3

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Marcada por el Grizzly de Boca Sucia

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Epílogo

Ponte al día con la serie…
Otras Obras

MARCADA POR EL GRIZZLY DE BOCA SUCIA

Llevo meses al borde del abismo.
Mi oso grizzly está a un paso de estallar y siento que estoy perdiendo la cabeza.
Tiene una obsesión abrumadora.
Encontrarla *a ella*.
Mi pareja. Aquella a la que estoy destinado.
Ver a mis hermanos encontrar a sus parejas mientras la mía no aparece es suficiente para matar a un hombre.
Pero justo cuando estoy a punto de quebrarme, ella entra en mi vida, toda curvas suaves y sonrisas tímidas.
En el segundo en que huelo su dulce y embriagador aroma, la bestia se calma.
Sabemos que es mía.
La tortuosa espera por fin ha terminado.
Todo lo que queda por hacer es marcarla.
Pero hay un problema.
Tengo un oscuro secreto que bastaría para que se alejara de mí para siempre.
Su hermano está muerto y fui yo quien lo mató.
Ella es la luz que he estado esperando.
Y yo soy el monstruo al que nunca podrá perdonar.

Bienvenido a Calor y Tinta, donde unos tatuadores, atractivos y posesivos, dejan su marca en más de un sentido.

Para Debbie,
que es la prueba de que se puede pasar de los chupitos de tequila a llevar a los niños al cole y seguir siendo una auténtica leyenda.



CAPÍTULO UNO

Magnus

Solo es lunes por la mañana y mi oso ya está de mal humor. Intento ignorar los gruñidos irritados y los bufidos feroces que me resuenan en los oídos mientras me siento a la mesa para nuestra reunión semanal.

Hoy soy el único que lo está pasando mal. Y no es para menos. Soy el único sin pareja.

Mi hermano pequeño, Julian, se sienta a la mesa en la trastienda de nuestro estudio de tatuajes con una sonrisa despreocupada. Tiene un trozo enorme del pan de plátano que su pareja, Lainey, ha hecho para nosotros. Tengo el estómago revuelto. Hecho un lío. No podría comer aunque me fuera la vida en ello.

—¿Qué tal estás esta mañana? —pregunta mi hermana Victoria mientras se sienta a mi lado. Su pareja y mi mejor amigo, Adrian, se sienta junto a ella y arranca un trozo del pan de plátano que hay en la mesa, dejándolo todo lleno de migas.

—Estoy bien —miento. Nunca estoy bien. Ya no. No desde que mi oso grizzly interior decidió que se había cansado de esperar a nuestra pareja. No desde que decidió que iba a hacerme la vida imposible hasta que ella llegara.

Victoria no se lo traga. Inclina la cabeza y me dedica esa mirada compasiva que tanto odio. Odio ser una víctima. Odio que la gente me mire como si fuera débil. —¿Seguro? —susurra.

Asiento. —Estoy mejor.

Al menos esa parte es verdad. Estoy un poco mejor.

Mi oso grizzly maníaco no ha salido de mí en un arrebato de furia para destrozar nuestro estudio de tatuajes últimamente. No me ha mantenido prisionero dentro mientras él corría por tres estados, aterrorizando a todo el que se cruzaba.

Mi oso gilipollas hizo ambas cosas hace unas semanas, así que, en general, esto no está tan mal. Puedo soportar unos cuantos gruñidos y gemidos de enfado por encima de todo eso.

—Bueno, vamos a empezar —dice Julian mientras abre una carpeta y saca una hoja de pedido—. Tengo un cliente que viene en unos veinte minutos.

Se mete el resto del pan de plátano en la boca y se me revuelve el estómago. ¿Cuándo fue la última vez que comí? ¿Cuándo fue la última vez que dormí?

Joder, estoy hecho un desastre.

—Victoria, ¿has hecho el pedido de tinta? —pregunta Julian.

—Sí —dice ella, mirándolo en su móvil—. Debería llegar mañana.

—Genial —dice él—. He vuelto a poner el anuncio en el periódico local, aunque no sé por qué, tenemos la agenda llena para los próximos dos meses.

Nuestro estudio de tatuajes, Heat & Ink, es el más popular de Montana. Lo abrí hace unos años con mis hermanos y todos somos artistas de gran talento. Puede que Victoria sea la mejor tatuadora de flores que este mundo haya visto jamás. Sus rosas y lirios pueden dejarte sin aliento.

Julian se especializa en animales realistas y yo soy capaz de hacer prácticamente de todo. Una vez que empezamos, hemos sido imparables. El boca a boca ha corrido como la pólvora y siempre tenemos gente que viene de otros estados para que los tatuemos.

Adrian, un cambiante oso polar que ha sido mi mejor amigo toda la vida, se unió al equipo recientemente, cuando mi grizzly estaba teniendo uno de sus episodios salvajes. Se ha emparejado con mi

hermana y tiene tanto talento y estamos tan ocupados que decidimos quedárnoslo a jornada completa.

Mis sueños se han hecho realidad. Tengo mi propio estudio de tatuajes de éxito, trabajo con la gente a la que más quiero en este mundo y somos un exitazo. Solo me falta una cosa...

Me remuevo en el asiento mientras mi oso grizzly se pasea furioso por mi interior, queriendo salir disparado y sembrar el caos en este mundo cruel que lo mantiene alejado de su pareja. Aprieto la mandíbula y cierro la mano en un puño bajo la mesa mientras él me gruñe al oído.

—¿Has pagado la factura de la luz? —le pregunta Julian a Adrian.

—Factura de la luz pagada —dice, mirando su papel—. Factura del teléfono pagada, factura del agua pagada, internet pagado, impuestos pagados, todo pagado, joder. Toma ya. Soy el puto amo.

La preciosa sonrisa de Victoria llega a sus brillantes ojos verdes mientras frota la espalda de su pareja. Su pelo negro y liso está recogido en una coleta, con tatuajes cubriéndole los brazos y las manos. Es tan feliz. Me alegro por ella. Me alegro por todos ellos.

Es solo que... es duro.

Es difícil disfrutar de algo o concentrarse en algo cuando ella no está aquí. Me mata saber que mi pareja predestinada está en el mundo, vulnerable a todos los peligros que la rodean. Me duele saber que cada segundo que paso sin ella es un segundo perdido. Un segundo que nunca recuperaré.

Me quedo mirando la mesa mientras mi oso salvaje se pasea amargado y sombrío. La reunión continúa mientras yo estoy sentado en silencio. Siempre era yo quien tomaba el control de las reuniones semanales del equipo. Yo era quien dirigía el estudio. Joder, fui yo quien nos consiguió una máquina de tatuar hace tantos años. Soy el que empezó todo esto, firmó el alquiler, consiguió la franquicia, compró el equipo y los muebles. Yo era el que solía pedir los cargamentos de tinta y pagar la factura del agua. Solía hacerlo todo.

Pero ahora... Con mi oso grizzly suspirando tan desesperadamente por nuestra pareja... me siento como una sombra de lo que fui.

—Muy bien —dice Julian, concluyendo la reunión—. Tengamos una buena semana, equipo.

—Esperad un momento —digo, levantando la mano—. Tengo algo más.

Los tres se giran hacia mí. Adrian coge el último trozo de pan de plátano de la mesa y se lo mete en la boca, las migas cayéndole por el enorme pecho.

—No es bueno —digo.

Julian se pasa una mano por el pelo, nervioso. —¿Necesitas otro descanso?

Estamos tan ocupados que otro descanso sería desastroso. Toda la reprogramación, los clientes molestos y los ingresos perdidos... No quiero ni pensarlo.

—No —digo, respirando hondo—. Estoy bien. Es sobre nuestros amigos. Los perros.

—Oh —dice Adrian, exhalando larga y profundamente.

Julian y Victoria se inclinan. —¿Qué pasa con ellos? —pregunta Victoria.

—Mi grizzly estuvo paseando por el bosque anoche —les digo en voz baja—. Y pasamos por... la zona. Han desenterrado sus cuerpos. Ya no están.

Los brillantes ojos verdes de Julian se abren de par en par mientras me mira horrorizado. —¿Animales?

—No —digo con un suspiro—. Los Warhounds deben de haberlos encontrado. He investigado un poco por internet esta mañana y este fin de semana hay un funeral para Knox y Mace.

—Joder —dice Victoria mientras se frota los ojos—. Esto no puede estar pasando.

—No pasa nada, Vic —dice Adrian, rodeándola con sus grandes brazos—. No significa nada. Debe de haber cientos de personas que querían muertos a esos lobos rabiosos.

Todo esto empezó hace años, cuando Adrian era un adolescente. Vio algo que no debería haber visto cuando fue a la sede de los Rourke's Warhounds a hacerle un tatuaje a alguien.

Mace y Knox eran unos hermanos psicópatas que dirigían a los Rourke's Warhounds, una manada de cambiantes lobo criminales.

Adrian se equivocó de puerta y vio la carnicería de primera mano. Mace obligaba a jóvenes cambiantes a luchar a muerte y, cuando Adrian entró por casualidad, lo arrojaron al ring. Se negó a matar a sus oponentes, consiguió escapar y tuvo que huir al Ártico durante ocho años una vez que Mace y Knox lo quisieron muerto.

Cuando tuve mi episodio y mi oso salvaje arrasaba tres estados, Adrian regresó a Montana, con la esperanza de que el pasado quedara en el pasado. Pero no fue así. En cuanto Mace y Knox se enteraron de que había vuelto, vinieron a matarlo.

Yo había regresado justo a tiempo, y Adrian, Victoria y yo conseguimos acabar con los lobos rabiosos. Los enterramos en las montañas, pero, por lo visto, no lo bastante profundo.

La campanilla de la puerta principal tintinea cuando alguien entra en el estudio.

—¿Hola? ¿Ya habéis abierto? Victoria, ¿estás ahí atrás? Mi muslo necesita tu toque especial.

La gran mano de Adrian se cierra en un puño mientras resopla enfadado.

Victoria le pone la mano en el brazo a su pareja, intentando calmarlo. —Ahora mismo voy, Curt —dice en voz alta—. Toma asiento.

—Odio a ese puto tío —gruñe Adrian mientras mira hacia el pasillo.

—Es inofensivo —dice Victoria, poniendo los ojos en blanco—. Y nos ha dado tanto trabajo que prácticamente ha pagado mi camioneta.

Adrian frunce aún más el ceño, probablemente no le gusta que otro hombre haya pagado la camioneta de su pareja.

—Bueno —dice Julian mientras se levanta—. Mantengamos un ojo en la situación de los perros, y a trabajar. Se acaba la reunión.

Todos nos dirigimos a la parte delantera del estudio y el oso polar interior de Adrian suelta un gruñido grave cuando vemos que Curt ha traído a un amigo.

—Oh, genial —refunfuña Adrian—. Ahora son dos.

—Este es Camry —dice Curt, señalando al tío cachas de la sonrisa rara y el pelo largo que está a su lado—. Es nuevo en la

ciudad. Le he dicho que este es el mejor estudio de tatuajes del país.

—¿También es stripper? —pregunta Adrian, mirándolos a los dos con desdén.

—El tío más bueno del The Banana Hammock —dice Camry con orgullo—. Bailaré allí esta noche por si os interesa.

Victoria se ríe entre dientes mientras mira a Adrian. —¿Qué me dices, cariño? ¿Vamos?

Incluso con cómo me siento, me río de la cara de asco de Adrian.

—Ni de coña —dice.

—*Yo* soy el tío más bueno del The Banana Hammock —dice Curt, claramente ofendido—. No te pases, novato.

Curt se dirige al puesto de Victoria para que le tatúe el muslo y, por alguna razón, se quita la camiseta. Flexiona los abdominales e intenta impresionarla mientras Adrian se acerca y le susurra algo al oído. No puedo oír lo que ha dicho, pero esa camiseta vuelve a su sitio muy, muy rápido después de eso.

Yo me encargo de Camry, ya que Julian y Adrian tienen clientes que llegarán pronto.

—¿Qué quieres? —le pregunto mientras preparo mi puesto.

—Una calavera molaría —dice—, quizá con algunas serpientes alrededor.

Boceto algo rápido y le gusta. Le pongo la plantilla en el pecho y está bastante emocionado.

Mi grizzly se relaja mientras me sumerjo en mi trabajo, trazando líneas negras en la piel de Camry. Los movimientos hipnóticos junto con el zumbido de mi máquina de tatuar parecen calmar a mi oso.

Pero a mí no me sirve de mucho.

Pienso en mi pareja, preguntándome dónde está y qué está haciendo. Me pregunto cuál es su comida favorita. Si prefiere leer o ver la tele. Me pregunto qué lado de la cama le gusta. Me pregunto si es una persona nocturna o madrugadora. Hay tanto que saber y me muero por descubrir cada detalle.

—Deberías salir con nosotros —dice Camry mientras trazo el cuerpo de una serpiente que se desliza fuera de la cuenca del ojo de la calavera—. Vamos a ligar con un montón de tías.

Aprieto los dientes mientras me concentro en la tinta.

Ligar con tías es lo último que me interesa. ¿Qué chica podría compararse con mi pareja predestinada?

¿Qué coño va a aportarme un rollo de una noche, excepto hacerme aún más desgraciado?

No busco sexo fácil. Busco a mi mejor amiga. Mi compañera de vida. Mi pareja.

La necesito a *ella*.

—¿Qué me dices? —pregunta Camry con una sonrisa—. ¿Quieres pillar cacho?

Resoplo y mantengo los ojos en su piel. —No. Y deja de moverte, joder.

CAPÍTULO DOS

Erica

Odio los funerales.

Nunca sé cómo comportarme.

El último funeral al que fui fue el de la tía de una amiga. Aquel fue triste. La muerte fue repentina e inesperada, así que todo el mundo estaba desolado. Allí todos sabían cómo comportarse. Llorar, mirar al suelo, nada de sonrisas ni bromas.

Pero ¿cómo guardas luto cuando no estás del todo segura de si las personas por las que lo guardas no se lo merecían? ¿De si el mundo podría ser un lugar mejor sin ellas?

Estoy de pie bajo un cielo gris y plomizo, envuelta en mi abrigo negro, con un silencio incómodo y ensordecedor mientras todos miramos los dos ataúdes en la tierra. Mace y Knox Rourke. Mis hermanastros. Mismo padre fallecido, distintas madres. Distinto todo, en realidad.

Imagino mi funeral. La gente iría bien vestida. Tendrían un aspecto normal. Triste. No como este.

Toda la chusma de cambiantes lobo de la zona ha venido al funeral con sus mejores vaqueros y chalecos de cuero. Algunos han venido a presentar sus respetos. Otros, a asegurarse de que mis

hermanos estaban muertos de verdad. Y otros, a adoptar una pose y conspirar para ocupar su lugar.

Veréis, mis hermanos dirigían a los Warhounds, una manada feroz de moteros compuesta por hombres que gruñían, se burlaban y eran violentos. Y mis hermanos eran los peores de todos.

No sé cómo murieron Mace y Knox, pero probablemente se lo merecían.

Siempre estaban metidos en líos. Siempre tramaban algo violento.

Algo me dice que se lo buscaron.

Respiro hondo mientras contemplo las docenas de motocicletas cromadas aparcadas en la entrada del cementerio. Ya he visto una pelea a puñetazos y dos narices sangrando antes de que la primera pala tocara la tierra.

He estado intranquila todo el día. Siento un poco de náuseas al mirar a todos esos hombres de aspecto turbio que merodean alrededor de los féretros como lobos rodeando un cadáver, con la mirada fría, los brazos cruzados y unas expresiones impasibles que ocultan lo que piensan en realidad.

El corazón empieza a latirme más rápido al darme cuenta de que mis hermanos ya no están aquí para protegerme. Para mantener a raya a estos hombres violentos.

A ninguno de ellos se le habría pasado por la cabeza pasarse de la raya conmigo cuando Knox y Mace estaban cerca. Pero ahora que ya no están…

Me estremezco al pensarlo.

Nunca fuimos cercanos. Mi madre se encargó de eso. Se aseguró de que me mantuviera alejada de ellos mientras crecía. Creo que debió de percibir la oscuridad que acechaba en el interior de aquellos chicos y su instinto maternal se activó.

Dejó a mi padre cuando yo era pequeña, nos mudó al otro lado del país, a Louisville, me crio en una zona residencial con mis congéneres humanos y dejó mi herencia de cambiante en el pasado, donde no pudiera hacerme daño. Ni siquiera me enteré de la existencia de los cambiantes hasta que fui adolescente y mi padre insistió en que fuera a visitarlo.

Solo tenía trece años, pero en cuanto volví a ver a mis hermanos, supe que algo no iba bien. Eran el tipo de hombres que enrarecían el aire al entrar en una habitación. Los que hacen que todas tus alarmas internas salten a la vez. De los que te mantienes alejada a toda costa.

Nunca llevé amigos cuando visitaba a papá. Nunca dormí tranquila cuando mis hermanos estaban en casa.

Nunca me hicieron daño, pero sabía que no eran buenos hombres.

Y ahora están muertos.

—¿Quieres decir algo? —susurra mi tía Jenny a mi lado, con voz baja y tensa—. Tampoco me gustaban, pero la familia es la familia, o algo así—. Parece que nadie más lo hará.

Trago saliva y doy un paso al frente.

Eran mis hermanos. Les debo al menos un adiós.

El grupo guarda silencio mientras respiro hondo. Algunas cabezas se giran. Uno de los hombres enciende un cigarrillo, y el humo lo envuelve de forma ominosa. No fumo, pero los nervios que me recorren el cuerpo me lo están pidiendo a gritos.

Me aclaro la garganta y miro los féretros en el suelo. Nadie se ha molestado en traer flores. Solo dos cajas de madera metidas en la tierra. No sé por qué, pero eso hace que se me salten las lágrimas.

—Me llamo Erica Rourke —digo con un nudo en la garganta—. Era la hermana pequeña de Mace y Knox.

Me aliso el abrigo, con el corazón latiéndome como si quisiera escaparse sin mí.

—No me crie con ellos como algunos de vosotros —continúo, dirigiéndome a los rostros fríos e inexpresivos que me miran fijamente—. Teníamos el mismo padre, que en paz descanse, pero distintas madres. Pero eran mi familia, y eso siempre significó algo.

Tomo aire lentamente mientras miro los féretros, preguntándome cuál es el de Knox y cuál el de Mace. Supongo que no importa. No es que supiera quiénes eran en vida, ¿por qué iba a ser diferente en la muerte?

—Eran extraordinarios, mis hermanos. Y estaban llenos de una inquietud que nunca llegué a comprender.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero sigo adelante.

—Espero que esa inquietud haya desaparecido ya —digo, mordiéndome el labio inferior—. Espero que por fin estén en paz. Y espero que sepan que su hermana pequeña ha venido a despedirse.

Cojo un puñado de tierra mientras se me cierra la garganta y echo un poco sobre cada féretro.

—Adiós, Knox —susurro mientras unas cuantas lágrimas me ruedan por las mejillas—. Adiós, Mace.

Mi tía se agacha a mi lado y echa también un poco de tierra. Nos alejamos, cogidas de la mano, mientras los hombres se ponen en fila para hacer lo mismo.

Me quedo a un lado, fingiendo que no siento el calor de miradas indeseadas sobre mi piel.

Siento un par de ojos clavados en mí y giro la cabeza para ver quién es.

Banks.

Mierda.

Me está comiendo con la mirada y no se corta un pelo. Siempre fue un baboso, incluso cuando yo tenía trece años. *Sobre todo* cuando tenía trece años. Mis hermanos debieron de advertirle que se mantuviera alejado, pero ¿quién va a advertírselo ahora?

Alto, huesudo, con una sonrisa macabra que nunca llega a sus ojos hundidos. Se lame los labios cuando nuestras miradas se cruzan.

Se me revuelve el estómago. Siento náuseas.

Genial.

Esto es justo lo que necesitaba: un cambiante lobo asqueroso tirándome los tejos junto a las tumbas de mis hermanos.

Le doy la espalda y me centro en mis hermanos.

Debía de haber algo bueno en ellos. Algo a lo que pueda aferrarme.

Me gustaría tener algo para recordarlos, aunque solo sea para ayudarme a recordar que debo seguir la luz y alejarme de la oscuridad.

Quizá un tatuaje… ¿uno pequeño?

Siento un golpecito en el hombro y me estremezco al darme la vuelta y ver el rostro curtido de Banks frente a mí. ¿Este tío no puede irse a la mierda de una vez?

—Siempre me gusta pillar un buen ciego después de un funeral —dice con su voz viscosa—. ¿Quieres pillarlo conmigo?

Trago saliva, deseando que mis hermanos estuvieran aquí, solo para esto. Solo para decirle a este capullo que se largue.

—Tengo planes —digo en tono firme.

Me agarra del brazo, un poco demasiado fuerte. —Pues cancélalos.

Mi tía Jenny interviene justo a tiempo. Ella nunca tuvo la suerte de mudarse lejos de este lugar, así que es dura de pelar. —Que te jodan, Banks —espeta ella, apartándole la mano de un manotazo—. Vámonos, Erica.

Se gira para apartarme, pero me detengo.

—Me gustaría quedarme con el reloj de Mace —le digo a Banks —. El de plata que siempre llevaba. ¿Sabe dónde está?

Sus ojos asquerosos se detienen en mi pecho antes de volver a subir lentamente la mirada. —Ven a la sede y te lo daré. Y puede que entonces veamos qué pasa.

—Como ya he dicho —dice Jenny, apartándome de él—. Que te jodan, Banks.

No veo el resto, cómo entierran los féretros. No necesito ver esa parte.

No necesito nada más.

Mis hermanos ya no están y sigo sin saber muy bien cómo sentirme al respecto.

Sigo hecha un lío.

Volvemos a casa de la tía Jenny, donde me quedo los próximos días, y mientras pasamos por delante de casas desconocidas, me pregunto cómo es posible que yo provenga de este pueblo.

Cómo encajo aquí.

Pero la única conclusión a la que llego es que no encajo.

Este no es mi lugar.

Y estoy deseando largarme de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO TRES

Magnus

Unos jodidos recién emparejados son lo último con lo que quiero lidiar esta mañana. Refunfuño mientras doy un sorbo al café, observando a los dos tortolitos por encima de mi taza desconchada. Se cogen de la mano mientras se acercan a la tienda, parándose a sonreírse cada dos pasos.

Cierro los ojos y maldigo entre dientes cuando se paran para besuquearse.

Es solo lunes por la mañana y ya estoy lidiando con esta mierda.

No tengo la paciencia ni la energía para lidiar con *otra* pareja de metamorfos con cara de embobados, riéndose tontamente mientras hablan de hacerse runas a juego, símbolos del infinito o huellas de patas para él y para ella. Que alguien me mate.

Julian está en el médico con Lainey y su nueva cachorrita, Angelica. Es solo una revisión rutinaria para la adorable pequeña. Mi hermano pequeño ahora es padre, y yo ni siquiera puedo evitar que mi oso intente salir a zarpazos cada puto día.

—¿Son clientes lo que oigo? —dice Victoria mientras entra desde la trastienda, ajustándose el top. Lleva el pelo negro hecho un desastre. Adrian sale tras ella unos segundos más tarde, sosteniendo

una caja de vendas, con los labios rojos e hinchados y la mirada un poco perdida. Jodidos recién emparejados. Estoy rodeado de ellos.

Mi oso empieza a gruñir como la bestia amargada que es cuando la pareja entra, con una pinta tan feliz que debería ser ilegal.

Me escabullo hacia atrás mientras Victoria y Adrian toman el relevo, saludando a la pareja y haciéndose amigos enseguida. Los observo mientras mi oso grizzly arde de odio y celos.

Odio esto. Este no soy yo. No soy del tipo amargado y celoso. Me gusta animar a la gente y traer alegría al mundo, pero es difícil cuando toda esa negatividad irradia desde tu interior.

—¿Cómo fue? —pregunta Victoria, sacándoles la historia de cómo se conocieron.

Ambos se sonríen como si lo estuvieran reviviendo todo de nuevo. Mi oso gruñe con asco.

—Estábamos en el parque acuático —dice la joven y guapa chica, dando saltitos sobre sus pies, de lo emocionada que está.

El grandullón a su lado asiente con entusiasmo. —La vi bajar zumbando por un tobogán y simplemente lo supe.

—Subió por el tobogán y se tiró detrás de mí —continúa ella, sonriendo y riendo tontamente.

—No podía dejar que se escapara —dice él—. Entré en pánico.

—Aterricé en la piscina —dice ella, riendo—, y como tres segundos después, este hombretón guapo se estrelló contra mi espalda.

—¡Estaba aterrorizado por si la había aplastado!

—Pero no lo hizo —dice ella mientras le rodea la cadera con los brazos y lo mira a sus ojos marrones como si se enamorara de nuevo—. Y fue el mejor momento de mi vida.

Victoria se deshace en halagos con la historia mientras yo me escabullo a la trastienda, murmurando algo sobre el café. Relleno mi taza y luego respiro hondo, mis grandes y anchos hombros subiendo y bajando como rocas. Cierro los ojos, intentando calmar a mi oso agitado.

Estaba un poco mejor esta mañana, pero esa historia lo ha vuelto a poner en marcha. Mierda. ¿Qué voy a hacer?

¿Ir al parque acuático, quizás?

Nah. ¿Para qué? Ella no va a estar allí…

Suspiro mientras cojo mi taza y vuelvo a la tienda.

Julian y Adrian están ayudando a la feliz pareja a elegir sus diseños. Se van a hacer tatuajes a juego, qué puta originalidad. Pongo los ojos en blanco cuando todos empiezan a hablar de salir a cenar sushi después en una cita doble.

Mi oso grizzly gruñe tan fuerte que todos se callan de repente y se giran hacia mí.

—Magnus —dice Victoria, con cara de preocupación—. ¿Estás bien?

—Solo necesito un poco de aire —digo mientras agarro mi taza y salgo.

Camino hacia el lateral de la tienda, sintiendo la fresca brisa matutina en mi cara sudorosa. Cierro los ojos y aspiro el aire puro de la montaña.

Un halcón vuela en círculos sobre mí, una ardilla cruza el aparcamiento, los árboles se mecen con la brisa. Todo está tan tranquilo aquí fuera, lo que resulta condenadamente extraño con la tormenta peluda que se está gestando en mis entrañas. Mi oso se está alterando de nuevo.

Que te dé una puta rabieta no va a hacer que ella llegue antes, le grito.

Me devuelve un gruñido, como si le importara una mierda lo que yo piense.

Para, le advierto cuando siento que la rabieta se acerca como un temblor de tierra. Retumba a través de mi cuerpo, siniestra y violenta. Inevitable e inminente. El tipo de arrebato que acaba conmigo despertándome a tres estados de distancia con sangre en las manos.

¿Dónde está?, ruge dentro de mí, indignado. *¿Dónde coño está?*

Mi oso no pronuncia palabras, pero sé lo que dice por sus gruñidos y rugidos. A veces desearía no saberlo.

No lo sé, tío. ¿Qué quieres de mí?

Esa respuesta no le gusta y carga hacia la superficie. Aprieto los dientes, tenso el cuerpo y lo empujo hacia atrás con todas mis

fuerzas. Mi mano se cierra alrededor de la taza y esta se hace añicos, esparciendo café por todas partes.

Era mi taza favorita, gilipollas, le siseo cuando lo he empujado de nuevo hacia abajo, y ahora da vueltas, furioso.

Ahora está realmente enfadado. Suelta un gruñido sanguinario mientras da vueltas en mi interior, preparándose para salir a la fuerza.

Venga, inténtalo, capullo.

Aprieto la mandíbula y tenso el pecho, listo para luchar contra él de nuevo. No va a salir. Ni de coña.

Me araña y me desgarra mientras carga con un rugiente grito de batalla. Tuerzo todos los músculos de mi cuerpo mientras gruño y me esfuerzo, apenas conteniéndolo. Me tropiezo contra la pared de ladrillo que tengo detrás, gruñendo, maldiciendo y deseando que pudiéramos estar los dos fuera al mismo tiempo para poder pelear de verdad. Me encantaría hundirle los puños en su puto hocico peludo, pero la verdadera maldición es que nunca estamos fuera a la vez. Es un giro cruel del destino.

Se repliega por el momento, pero sé que no ha terminado. Da vueltas con una rabia violenta, resoplando gruñidos salvajes mientras yo recupero el aliento.

¿Qué vas a hacer?, le digo, provocándolo. *No puedes hacer una mierda.*

¡Encuéntrala!, ruge.

¡Que te jodan!

Vuelve a atacarme con más fuerza que nunca. Me estrello contra la pared mientras lucho por controlarlo. Un coche entra en el aparcamiento, pero estamos demasiado idos para parar. Estoy luchando por mi vida. Si este peludo de mierda sale, me llevará a saber dónde y hará a saber qué. Me despertaré en Nevada, desnudo, sin documentación ni dinero.

—¡*No*! —rujo cuando empieza a escaparse. Siento que viene…

La piel se me tensa, lista para desgarrarse, mientras mis brazos y hombros se hinchan. Me arden las encías y los dientes al sentir que mis caninos se alargan y afilan. Mi columna se curva mientras las vértebras crujen y se recolocan. Las yemas de mis dedos se abren.

Un dolor agudo me atraviesa los dedos y las manos mientras unas largas garras negras se deslizan hacia fuera.

Me preparo, listo para ser arrastrado a la oscuridad donde quedaré atrapado durante días o semanas, observando impotente cómo esta bestia furiosa causa estragos por el mundo, pero entonces…

Todo… se detiene…

Estoy atrapado a mitad de transformación, con el aspecto de algo salido de una película de terror, cuando se abre la puerta de un coche.

Nos giramos con un gruñido cuando el aroma nos golpea como un camión de diez toneladas. Nos hormiguea en las fosas nasales y nos quema la garganta. Es como un relámpago en nuestros pulmones: dulce, agudo y ardiente, con promesas de que nada volverá a ser igual.

Ambos saboreamos el dulce y suculento aroma mientras giramos la cabeza en busca de más.

Por una vez, no estamos peleando. Por una vez, estamos de acuerdo.

Ambos queremos lo mismo: *MÁS*.

Me aparto del edificio, doy un paso adelante, y es entonces cuando la vemos.

Ambos nos quedamos mortalmente quietos.

Es ella. Mi pareja. No tengo ninguna duda.

Mi oso también lo sabe. Se limita a observar con asombro. Los dos lo hacemos. Es increíble.

Es un coche destartalado, con polvo en el capó y abolladuras en el lateral, pero ella sale como una reina que desciende de un carro.

Casi caigo de rodillas y hago una reverencia, con ganas de adorarla como es debido.

Es deslumbrante.

Incluso más perfecta de lo que jamás podría haber soñado.

Esos ojos azules… Me atrapan de inmediato y sé que nunca me soltarán.

Me duele apartar la vista de ellos, pero quiero ver el resto de ella. Tiene el pelo oscuro más sedoso y suave que he visto nunca. Lo

lleva suelto sobre los hombros, danzando con la brisa. El movimiento es hipnótico. Me está atrayendo. No hay nada que desee más que hundir mis manos en él y atraer su boca suave hacia la mía. Esos labios… Esa boca… Sé que es mía, pero ¿cómo llego al momento en que pueda besar esos labios cuando quiera? ¿Cómo paso de *esto* —acechando en el lateral de mi tienda, a medio transformar, pareciendo y sintiéndome como un monstruo— al momento en que seamos como esas parejas de dentro, mirándonos embobados y parándonos cada dos por tres para besarnos? Deseo desesperadamente llegar a ese punto.

Mis ojos siguen recorriendo su dulce y perfecto cuerpo. Lleva una sudadera grande que le cae sobre un hombro desnudo, con una camiseta de tirantes negra debajo. La visión de su piel me hace temblar por dentro. Quiero tocarla. Quiero saborearla. Quiero reclamar cada centímetro de esa hermosa mujer.

Cierra la puerta del coche de un portazo y nos saca de nuestro estupor.

Mía, gruñe mi oso en mi oído.

—Nuestra —susurro en respuesta.

Él accede a regañadientes.

Ahora vuelve adentro y déjame encargarme de esto.

Le echa un último vistazo y luego se repliega a regañadientes, cediéndome el control. Mis hombros gigantescos y mis brazos hinchados vuelven a su tamaño normal. Mis largos y afilados caninos se retraen. Mi columna se endereza y las largas garras negras se repliegan en mis dedos.

Respiro hondo y me miro. Estoy hecho un desastre: ropa rota, vaqueros manchados de café. No puede verme así. No la primera vez.

Oigo abrirse la puerta principal de la tienda y sonar la campanilla mientras corro hacia la puerta trasera. Entro y cojo la ropa de repuesto que tengo guardada en la trastienda. Me pongo unos vaqueros, otra camisa, mi delantal negro, y me tomo un segundo para arreglarme el pelo y echarme un poco de agua en la cara.

Mi oso observa desde dentro, toda esa ira y amargura han desaparecido. Siento como si me hubieran quitado un peso

tremendo de los hombros. Siento que puedo respirar de nuevo.

Respiro hondo, sabiendo que todo está a punto de cambiar. Una vez que entre en la tienda y cruce la mirada con mi pareja, nada volverá a ser igual.

Estoy listo. Estoy jodidamente listo.

—En un segundo estoy contigo —le dice Victoria con voz alegre.

—Yo me encargo —le digo mientras entro en la sala.

Puedo sentir los ojos preocupados de mi hermana sobre mí, pero simplemente la ignoro y me dirijo directamente a mi chica.

Es aún más magnífica de cerca. Las monísimas pecas que salpican sus mejillas y su nariz. La redondez de su mandíbula. La forma en que contiene la respiración al verme caminar hacia ella, listo para cambiar su vida para mejor.

Esos preciosos ojos azules están fijos en mí como si no pudiera creer lo que está viendo. Ya somos dos.

Parece haber olvidado cómo respirar mientras me acerco a ella detrás del mostrador.

Mi oso está al borde de su asiento, pero se siente diferente a lo habitual. Más emoción que agitación. Más optimismo que amargura.

Pareja, gruñe posesivamente.

Así es, colega, le contesto. *Esa es nuestra pareja.*

Cambia el peso de un pie a otro mientras me mira con asombro.

Dios, ya la quiero.

—Hola —digo, sonriendo de oreja a oreja—. Soy Magnus.

CAPÍTULO CUATRO

Erica

Siento un hormigueo de locos en el cuello mientras miro con asombro a este hombre tan guapo. Ha salido de la trastienda y ha sido como si todo mi cuerpo se hubiera paralizado por la sorpresa.

Me le he quedado mirando.

Fijamente.

Para ya. Estás poniendo las cosas raras, me digo.

Pero parece que no puedo apartar la mirada. Esos penetrantes ojos verdes... No he visto nada igual en mi vida. Son hipnóticos. Impresionantes. Peligrosos.

Sé que debería decir algo, pero todas las palabras se me han derretido en el cerebro como un helado de vainilla en el asfalto en julio.

El hombre que tengo delante, con esa mirada oscura y posesiva, está hecho un armario empotrado. Alto, de pecho ancho, brazos enormes cubiertos de tatuajes y una boca que no puedo dejar de pensar en besar. Tiene una gran barba castaña y un pelo oscuro y alborotado injustamente sexi. Se me contrae el vientre mientras me bebo cada centímetro de este hombre tan masculino.

Su camiseta gris claro se le ciñe al torso en todos los sitios adecuados, con las mangas remangadas sobre sus grandes brazos

tatuados. El delantal negro que le envuelve el cuerpo me pone muchísimo, con esa tira de cuero que cuelga sensualmente alrededor de su cuello grueso y musculoso.

Madre mía... Trago saliva al sentir que me humedezco y me lleno de deseo ahí abajo.

—¿Me has oído? —pregunta, haciendo temblar hasta mis cimientos al dedicarme otra sonrisa devastadoramente sexi.

—¿Qué? —suelto como una idiota. No he oído nada más que el estruendo en mis oídos.

—He dicho que soy Magnus.

Magnus...

Esa voz grave y gutural es lo bastante caliente como para derretirme las bragas.

Se me corta el aliento en la garganta como si se me hubiera olvidado cómo respirar, como si se me hubiera olvidado cómo ser humana, como si se me hubiera olvidado cómo hacer otra cosa que no sea mirar embobada a este hombre tan guapo.

Esos ojos verdes, sensuales y posesivos, están centrados por completo en mí y eso me hace temblar de arriba abajo.

Me ofrece la mano para que se la estreche y abro mucho los ojos al ver esa palma enorme y esos dedos gruesos, preguntándome de qué serán capaces, preguntándome qué clase de ruidos profundos y primarios podrán arrancarme.

—Encantada de conocerte —consigo escupir mientras deslizo mi mano en la suya. Su enorme mano engulle la mía, pero es gentil y suave a pesar de que podría aplastarme los huesos con facilidad—. Soy Erica.

Él asiente y sonríe como si nunca hubiera oído un nombre tan bonito.

El cuello empieza a hormiguearme aún más, en un punto debajo de la oreja. Nunca me había hormigueado antes, pero ahora mismo la sensación es casi *exigente*. Insistente y necesitada.

Finalmente separamos las manos y mi cuerpo casi gime, como si quisiera que esas manos grandes volvieran a tocarme.

Vale, cerebro. Cálmate.

—¿Has venido a por algo de tinta? —pregunta, con la voz baja y cálida como un fuego crepitante—. ¿O... a por otra cosa?

Bajo la mirada a sus brazos antes de volver a subirla a su cara. —Sí. La verdad es que quiero.

Él enarca una ceja.

Se me ponen las mejillas al rojo vivo.

—Un tatuaje, quiero decir —corrijo rápidamente—. Tinta. Quiero tinta.

Trago saliva mientras me sonríe.

—Yo me encargo de ti —dice con esa voz profunda y sexi—. Te daré todo lo que necesites.

Trago saliva.

—Magnus, ¿va todo bien ahí delante? —pregunta la chica de aspecto guay con los brazos cubiertos de tatuajes y el pelo negro. Tiene los mismos ojos verdes y brillantes que Magnus.

—Todo bien, Victoria —dice él con una sonrisa despreocupada—. Ahora todo está bien.

La mujer me mira un poco más fijamente, como si me estuviera analizando durante unos largos segundos. Me muevo, incómoda, bajo su mirada calculadora. Respira con lo que parece alivio y luego me dedica una gran y amplia sonrisa.

La saludo con la mano torpemente y luego vuelvo a centrar mi atención en Magnus. Es difícil apartar los ojos de él, ni siquiera por un segundo.

—Pondré mi marca en ti —dice mientras me mira el cuello hormigueante—. ¿En qué tipo de tatuaje estás pensando?

—Oh —digo mientras abro el bolso—. He sacado algunas ideas de internet.

Se inclina hacia delante mientras pongo unos papeles impresos sobre el mostrador que nos separa. Su olor rudo me golpea —pino, sándalo, naturaleza, sexo— y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Estaba pensando en algo así —le digo mientras le enseño una foto que imprimí—. Dos lobos aullándole a la luna.

Él enarca una ceja. —¿Lobos?

—Sí —digo, asintiendo—. ¿Crees que podrías hacer algo así? ¿En la parte de atrás del hombro?

Esos seductores ojos verdes se clavan en los míos. —Puedo hacer lo que quieras, Erica.

Siento un hormigueo caliente en el coño al pensar en todas las cosas que me gustaría que me hiciera. Destellos irrumpen en mi mente: esos labios en mi cuello, su peso sobre mí, esas manos grandes y ávidas separándome las piernas, una polla grande y gruesa entrando en mí...

—Vale —digo, intentando ignorar los persistentes pensamientos sucios que recorren mi mente—. Hagámoslo. El tatuaje, quiero decir.

Él sonríe mientras se dirige a su puesto de trabajo. —Sígueme.

Siento las piernas temblorosas mientras camino hacia el largo sillón de cuero negro. Él se sienta en el taburete y yo a su lado, juntando las piernas.

Saca un cuaderno de bocetos y un estuche de lápices y se pone a trabajar. Observo cómo sus ojos se concentran en la página, con el ceño fruncido y la mano suelta mientras roza el papel rugoso.

Podría quedarme mirándolo trabajar durante horas. Parece tan a gusto, como en casa, en su elemento mientras esboza los lobos aulladores y la gran luna de fondo.

Nos sentamos en silencio mientras trabaja y no tarda mucho en terminar.

—¿Algo así? —pregunta mientras me entrega el cuaderno de bocetos.

Le echo un vistazo y se me llenan los ojos de lágrimas. —Es perfecto —susurro—. Me encanta.

Añade unos cuantos retoques finales y algo de sombreado, dándole vida de verdad. Este hombre es peligrosamente atractivo cuando se concentra.

Me doy cuenta de que la chica, Victoria, me observa por el rabillo del ojo, con los labios crispados como si me estuviera analizando o intentando calibrarme o algo así. ¿Qué le pasa? Probablemente esté colada por Magnus y no le guste que yo esté cerca de él. No puedo culparla por eso.

—¿Es tuya esta tienda? —pregunto, intentando conseguir más información sobre el hombre por el que estoy colada.

No levanta la vista mientras dibuja, intentando que mi tatuaje quede perfecto. —Claro que sí. La monté con mi hermano y mi hermana hace unos años.

Respiro aliviada cuando ato cabos. Esos ojos verdes... Son inquietantemente parecidos.

—¿Esa es tu hermana? —pregunto, señalando con la cabeza.

Asiente.

Gracias a Dios. No quería tener que pelearme con ella por este hombre. Parece dura de pelotas.

—Es genial —digo mientras miro alrededor de la sala.

Me encantó el exterior de *Heat & Ink*, escondido en las montañas de Montana, pero el interior es aún más guay que el exterior. Es acogedor pero vanguardista, como un cruce entre una cabaña de montaña y un estudio de tatuajes de moda. El olor a tinta, desinfectante y madera de pino flota en el aire, mezclándose con el aire fresco de la montaña que entra por las ventanas abiertas.

Las paredes están cubiertas de dibujos de tatuajes enmarcados de todos los estilos y formas. Osos grizzly feroces en pleno rugido, delicadas flores que parecen lo bastante reales como para olerlas, dagas de la vieja escuela y serpientes que me ponen extrañamente nerviosa e impresionada al mismo tiempo. Esta gente tiene un talento increíble. ¿Cómo puede concentrarse tanto talento artístico en una sola familia?

Cuatro sillones de tatuaje de cuero negro están espaciados por la tienda, cada uno con su propia estación a su alrededor. Cada uno está desgastado y agrietado a su manera, como si hubieran visto mucho tute.

Cada rincón tiene algo interesante que mirar: botellas de tinta dispuestas como un arcoíris en estanterías abiertas, montones de cuadernos de dibujo, incluso una gramola *vintage* en la esquina que tararea melodías en voz baja. Ahora mismo, suena de fondo *Lightning Crashes* de Live.

Me gusta este sitio. Parece el tipo de lugar en el que podrías pasar el día entero. El tipo de lugar que sabe guardar secretos.

Cuando el dibujo está perfecto, Magnus transfiere el boceto a una plantilla y se pone guantes de látex negro.

—¿Estás segura? —pregunta mientras se sienta en su taburete frente a mí—. Una vez puesto, no se quita.

Miro el precioso boceto que tanto significa y al apuesto hombre que lo dibujó. —Estoy segura —digo.

—Muy bien, date la vuelta y quítate la sudadera.

Me quito la sudadera y él deja escapar un gruñido bajo que suena como un rugido. Lo pillo mirando mis pechos moverse bajo la camiseta de tirantes y ahora es su turno de sonrojarse. Aunque a mí no me importa. En cierto modo me gusta que mire.

Coloca la plantilla sobre mi piel y, aunque lleva guantes, mi cuerpo sigue estallando en hormigueos bajo su contacto.

Se pone a trabajar, frotando un líquido sobre la plantilla para transferirla a mi piel mientras mi mente se acelera. Ese gruñido... Me ha sonado tan... familiar.

Cuando me obligaban a visitar a mis hermanos, a menudo les oía hacer ruidos parecidos. Gruñidos, rugidos, estruendos. Eran sus lobos...

—Voy a empezar ya —dice, despegando la plantilla. La máquina de tatuar cobra vida con un zumbido. Me alegro de que el tatuaje esté en la parte de atrás del hombro y no tener que ver cómo lo hacen. No me aterrorizan las agujas, pero me ponen un poco nerviosa. Este es mi primer tatuaje y no es precisamente diminuto, así que estoy un poco asustada.

—De verdad que no quiero hacerte daño, Erica —dice en voz baja—. Es lo último que quiero.

—No pasa nada —digo, conteniendo la respiración—. Estaré bien.

Escuece, pero no es para tanto. Aguanto la respiración un rato, pero eso solo funciona hasta cierto punto. Necesito alguna distracción a medida que el dolor se intensifica. Necesito la voz sexi de este hombre para distraerme.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —pregunto mientras trabaja.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Erica —dice con esa voz profunda y seductora—. No seas tímida.

Mis mejillas empiezan a sonrojarse, no sé por qué.

—¿Eres un cambiaformas?

La máquina de tatuar se detiene un momento, pero luego vuelve a ponerse en marcha.

—¿Por qué lo preguntas?

—He estado cerca de cambiaformas antes —digo—. Ese gruñido me ha recordado a los ruidos que hacían.

No dice nada. Simplemente sigue trabajando.

—No tienes por qué contestar —digo, sintiéndome incómoda y mal por haber sacado un tema tan personal.

—No, no me importa —dice—. Soy un cambiaformas oso grizzly.

—Vaya —susurro—. Nunca he conocido a un cambiaformas oso.

Lo miro por encima del hombro, lo que es un gran error. Se ve tan sexi, concentrado en mi piel, que me dan ganas de quedarme mirándolo durante horas.

—¿Qué has conocido? —pregunta—. Déjame adivinar, ¿lobos?

Asiento con la cabeza. —Sí. Mis dos hermanastros eran hombres lobo.

La máquina se para. Me giro para mirarlo y sus ojos se oscurecen ligeramente mientras traga saliva. —¿Ah, sí?

—Sí —digo, con la garganta apretada—. Acaban de... fallecer.

Lo veo ponerse rígido. Aprieta la mandíbula por un segundo, y algo indescifrable cruza su rostro.

Lo entiendo. Cada uno reacciona de forma diferente ante la muerte. A algunas personas les incomoda mucho el tema.

—Siento oír eso —dice mientras vuelve a centrarse en mi tatuaje. La máquina se pone en marcha de nuevo y con ella el dolor punzante.

Asiento, tragándome el nudo que tengo en la garganta. —Gracias. En realidad no los conocía muy bien, y por lo que sabía, no eran muy... —suspiro, preguntándome cuánto debería divulgar a un extraño. Es un extraño guapo, pero un extraño al fin y al cabo—. Pensé que un tatuaje podría ayudar. Solo algo para recordarlos, ¿sabes? Tenían problemas, pero hasta las almas atormentadas necesitan ser recordadas. Y eran mis hermanos, así que...

Vuelve a asentir, en silencio. Solo el zumbido de la máquina mientras trabaja en cada línea.

—¿Cómo se llamaban? —pregunta, con la voz apenas por encima de un susurro.

Casi me avergüenza decir sus nombres por si los conocía. No quiero que piense que yo era como mis hermanos.

—Knox y Mace Rourke —digo, sintiéndome de repente cohibida.

Los otros dos tatuadores, Victoria y el tipo grande de los ojos azul brillante, giran la cabeza y me miran boquiabiertos. Pero solo es un segundo. Rápidamente miran a Magnus y vuelven al trabajo.

Quizá *todo el mundo* por aquí conocía a mis hermanos...

—Siento tu pérdida —dice con una voz grave y ronca—. Creo que un tatuaje es una idea maravillosa para honrar a tus hermanos.

Hay algo tenso y tirante en su voz, como si estuviera conteniendo la respiración mientras intenta actuar con normalidad. Tiene la mandíbula apretada y sujeta la máquina de tatuar con un poco más de fuerza que antes. Las pasadas duelen más, las agujas se clavan en mi piel.

Y algo en el aire ha cambiado. Puedo sentirlo. El ambiente relajado ha desaparecido. Incluso los otros dos tatuadores han dejado de bromear con sus clientes. El ambiente se ha vuelto *pesado*.

¿He dicho algo malo?

¿Conocían a mis hermanos?

Vuelvo a mirar a Victoria. Sigue trabajando con su cliente, pero sé que está escuchando: tiene los hombros rígidos y la mandíbula apretada. Es como si hubiera tirado una granada en medio de la sala y todo el mundo estuviera fingiendo que no ha explotado.

—No estaban muy presentes en mi vida —añado rápidamente, con la voz un poco entrecortada mientras intento aliviar la tensión que acabo de crear—. Mis hermanos, quiero decir. Teníamos madres diferentes. La mía se mudó cuando yo todavía era pequeña y me llevó con ella. Me mantuvo bastante apartada de ellos. Ni siquiera los veía a menudo mientras crecía.

Magnus tararea algo en voz baja, como un sonido de reconocimiento, pero no alivia la tensión de sus hombros.

—Daban... miedo —admito, con la esperanza de aligerar el ambiente—. Mi madre nunca se fió de ellos. Nunca llevaba amigos a

su casa. Nunca supe muy bien cómo estar con ellos. Cómo encajaba yo en la familia.

No dice ni una palabra. Sigue trabajando.

—No sé muy bien qué pasó al final —continúo—, pero... no me sorprendió cuando llegó la llamada.

Más silencio.

¿Nadie va a decir nada?

Victoria está atenta a cada una de mis palabras. Me doy cuenta de que está escuchando a escondidas.

—Siento que no debería echarlos de menos —susurro, más para mí que para él—. Pero aun así lo hago.

—Puedes echar de menos a alguien aunque estuviera roto —dice, con la voz baja, y por un segundo, juraría que oigo algo pesado tras ella—. Las dos cosas no se anulan mutuamente.

Cierro los ojos, dejando que esa verdad se asiente en mis huesos.

Ojalá pudiera ver la cara de Magnus, solo para leer su expresión. Pero no quiero que esto sea más raro de lo que ya es. Ya está siendo amable al escuchar mis divagaciones. Quizá debería callarme, pero las palabras siguen saliendo. Todavía no he hablado con nadie de esto. Pero ¿por qué demonios está saliendo todo a borbotones ahora?

—He tenido una... relación complicada con mis hermanos —digo en voz baja—. Ha sido difícil.

Sigue trabajando, pero sus trazos son ahora más lentos. Más reverentes. Como si no solo estuviera tatuando piel, sino que estuviera honrando un recuerdo. Dándole forma.

Mi corazón da un vuelco gracioso en mi pecho, y de repente quiero llorar. No por el dolor, sino porque me siento comprendida. Por un extraño.

Un extraño muy sexi.

—Incluso las relaciones difíciles siguen siendo significativas —susurra—. Siguen cambiándonos y convirtiéndonos en quienes somos. Todavía podemos querer a alguien aunque no estemos de acuerdo con sus actos.

Bajo la cabeza mientras se me llenan los ojos de lágrimas. —No pensé que nadie entendería eso —digo, con voz débil.

Se aclara la garganta. —Yo lo entiendo.

Esta vez sí miro por encima del hombro hacia él y, por un segundo, nuestras miradas se encuentran. Sé que lo dice en serio. Hay algo real y profundo en esa mirada. Algo que llega directamente a mi pecho y hace que me duela.

Quizá este tatuaje sea ahora algo más que mis hermanos.

Quizá sea el comienzo de algo que nunca esperé.

O, quizá este tío solo está siendo amable y yo estoy en un momento de lo más raro.

No tengo ni idea.

¿Por qué la vida es tan difícil?

CAPÍTULO CINCO

Magnus

—Victoria —digo mientras me dirijo a la trastienda—. ¿Puedes ayudarme a encontrar la tinta de color carbón? Se me ha acabado.

Mi hermana prácticamente salta de la silla y corre a seguirme al almacén de la trastienda.

Ha pasado más o menos una hora desde que he empezado a trabajar en mi pareja y he estado maravillado cada minuto. Todavía no me puedo creer que esté aquí. Que sea real. Que sea incluso más perfecta de lo que imaginaba.

Pero no es tan sencillo.

De hecho, estoy totalmente jodido.

—Tío —dice Victoria, dándome una palmada en el brazo—. ¡Está aquí! ¡Enhorabuena! Tu pareja. ¡Joder, sí!

Dejo caer la cabeza entre las manos y gimo. —Estoy muy jodido.

—Sí —contesta, haciendo una mueca mientras su emoción se desvanece—. Es una putada.

—¿Una putada? —replico, mirándola horrorizado—. Eso es quedarse corto, ¿no crees? ¡Maté a su puto hermano!

—Baja la voz —dice, cerrando la puerta—. Va a oírte.

Me siento en una caja de papel de impresora, con la sensación de que la habitación da vueltas. —¿Cómo puede estar pasando esto,

Victoria? Por fin está aquí y... *joder*.

Se pone en cuclillas a mi lado y me frota la espalda. —A lo mejor no es para tanto —dice, intentando verle el lado bueno a lo peor que me ha pasado nunca—. Quizá lo entienda.

—¿*Que lo entienda*? —digo, mirándola escandalizado—. ¡No puedo decírselo!

—*Tienes* que decírselo —responde—. Es tu pareja.

—¡No lo será por mucho tiempo si se lo digo!

—Sí que lo será —dice en un tono tranquilo y sereno—. Siempre será tu pareja, Magnus. Y dos parejas no pueden guardarse secretos.

Le doy vueltas de varias maneras, pero todas las situaciones hipotéticas acaban con ella abofeteándome, corriendo hacia su coche y saliendo de mi vida.

—Joder —susurro, negando con la cabeza—. Estoy muy jodido.

Victoria se muerde el labio inferior mientras me mira. —¿Qué vas a hacer?

—No puedo guardarle un secreto a mi pareja —le digo finalmente —. Me carcomerá por dentro.

Respira hondo mientras se lo piensa.

—Bueno… —dice, pareciendo ahora un poco insegura—. ¿Quizá deberías invitarla a cenar primero?

—Listo —digo mientras limpio la piel de mi pareja, quitando la tinta de la plantilla con un paño. Los lobos aúllan a la luna como si conocieran mi secreto e intentaran advertir a su hermana sobre mí.

Tengo que apartar la mirada. Limpio mi puesto mientras ella se levanta y se acerca al espejo. Respira hondo y se gira para mirar la nueva obra de arte que tiene en su cuerpo.

No puedo evitar mirarla. Mis ojos son imanes para esta mujer.

Permanece en silencio un buen rato mientras lo asimila.

Le he dejado una marca, pero no es la marca que mi oso y yo teníamos en mente.

Tenemos el local para nosotros solos en este momento. Victoria y Adrian han salido a tomar un café al pueblo y a darnos algo de intimidad.

Sé cómo habría ido esto si nunca hubiera conocido a Mace y Knox. Habría ido hacia ella, la habría tomado en mis brazos y habría besado su boca suave y suculenta, despreocupado al saber que no hay ningún oscuro secreto entre nosotros.

Pero... ¿estaría ella aquí si no hubiéramos matado a sus hermanos? ¿Nos habríamos cruzado alguna vez?

Mi mente se acelera con cada posible situación mientras ella se vuelve hacia mí con los ojos llorosos. Es aún más guapa cuando se emociona. Esta mujer mejora por momentos.

—Me encanta —dice, juntando las manos. El movimiento junta sus pechos y tengo que luchar para que mis ojos no se queden embobados ante la impresionante vista—. Muchas gracias.

—Me alegro de que te guste —digo mientras me quito los guantes de látex.

Se da la vuelta y lo mira de nuevo en el espejo, admirándolo desde todos los ángulos.

—¿Cómo puedo agradecértelo como es debido? —pregunta.

Respondo sin pensar. —Deja que te invite a cenar.

Se gira y me sonríe. Sus ojos brillantes se rasgan cuando su amplia sonrisa los alcanza. —Vale —dice con sus adorables mejillas sonrojadas—. Me gustaría.

—¿Estás libre esta noche?

Asiente con la cabeza, su sonrisa sigue brillando.

Una parte de mí quiere ir y besarla ahora mismo, pero otra parte me advierte que estoy en terreno peligroso. Tengo que jugar bien mis cartas. Tengo que ir despacio.

Porque cuando mi chica descubra lo que he hecho, puede que no quiera volver a verme jamás.

Seamos pareja o no, estoy pisando sobre hielo muy fino.

CAPÍTULO SEIS

Erica

Espero tener buen aspecto. No he traído mucha ropa. La verdad es que no pensé que tendría una cita excitante en este viaje, así que no he metido nada sexi en la maleta. Pero esto parece que está bien. Creo.

Llevo mis vaqueros de la suerte que se me ciñen a las caderas y he comprado un top negro monísimo en una tiendecita del pueblo. Ojalá no tuviera que llevar este vendaje tan aparatoso sobre el tatuaje. Me muero de ganas de lucirlo. Magnus hizo un trabajo extraordinario y me encanta.

De repente, caigo en la cuenta de algo mientras me maquillo.

¿No tiene compañera?

Los cambiantes tienen compañeras. No tienen citas con mujeres cualquiera. Entonces, ¿por qué Magnus está interesado en mí?

Empiezo a notar un cosquilleo en el cuello y me toco la zona, preguntándome si podría ser...

No. Es ridículo.

Pero tendría sentido. La forma en que me miraba, con todo ese deseo y necesidad. La intensa sensación de posesión en el aire. Cómo estábamos ambos en ascuas, como si estuviéramos a un

segundo de arrancarnos la ropa el uno al otro. ¿Podría eso significar lo que creo que podría significar?

—Estás preciosa —dice mi tía Jenny mientras asoma la cabeza por la puerta del baño—. ¿Top nuevo?

Sonrío con timidez mientras me aplico un poco de colorete en las mejillas. —Sí. Lo he comprado en el pueblo, en la tiendecita mona que hay al lado de la oficina de correos. He pensado en intentar vestir como alguien que no está completamente destrozada por dentro.

Jenny esboza una media sonrisa, medio ceño fruncido, mientras se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. —No tienes por qué estar bien de golpe, Erica —dice en voz baja—. Está bien estar... en un punto intermedio. Has pasado por mucho.

Asiento mientras cojo un pañuelo de papel para evitar que las lágrimas me corran el rímel.

Se acerca y me acaricia el pelo con delicadeza. —Quiero que te lo pases bien esta noche. Te mereces un poco de luz en tu vida.

Sonrío y asiento. —Gracias, tía Jenny. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —dice, abrazándome por detrás—. Sé que tu hogar está en Louisville, pero tus raíces están aquí. Deberías venir más a menudo. Me encantaría verte más y eres bienvenida a quedarte conmigo siempre que quieras.

Me hundo en el abrazo, sintiendo que quizás este es el lugar donde se supone que debo vivir. Louisville nunca me ha parecido... el lugar adecuado. Y ahora que mis hermanos ya no están, estoy viendo este pueblo con otros ojos. No lo sé... las montañas y la belleza natural... Siento como si me estuvieran llamando. Tengo esta sensación indescriptible de que este es mi verdadero hogar.

—¿Me mandarás un mensaje si necesitas algo? —pregunta.

Asiento, sintiéndome afortunada de tener una tía como Jenny. Solo me saca quince años, así que siempre la he sentido más como una hermana mayor guay que como una tía.

Se acerca, estudiando mi cara con ojo crítico antes de quitarme el delineador de ojos de la mano. —Vale, apártate. Vamos a pasar de

la típica chica dulce de la casa de al lado a «podría arruinarte la vida».

Me río mientras ella se inclina, sujetándome la barbilla con firmeza. —Este es el toque secreto —dice, aplicando un sutil difuminado de delineador ahumado en las comisuras de mis ojos—. Este es el tipo de mirada que consigue que te acorralen contra la pared de la mejor manera posible.

—No me vendría mal un poco de eso —digo, con los ojos muy abiertos intentando no parpadear.

—Confía en mí —dice con una sonrisa pícara—. Vuelve a los hombres completamente locos.

Pongo los ojos en blanco en broma, pero siento un escalofrío al mirarme en el espejo. Tiene razón: queda muy sexi.

Jenny me da una barra de labios. —Esto también. Sutil. Sin brillo. Quieres que se corra solo un poco para que se pregunte cómo quedarían tus labios después de una sesión de besos apasionados.

Se me calientan las mejillas, pero se la cojo con una sonrisita. —Das un poco de miedo.

—Y tú eres un auténtico bombón —dice, dando un paso atrás con las manos en las caderas como si estuviera orgullosa de su trabajo —. Ahora, ve y déjalo boquiabierto.

Justo en ese momento, los faros de un coche atraviesan la ventana del baño. Se me dispara el pulso.

—¿Es él? —susurra ella, mirando hacia fuera.

—Sí —susurro yo.

Ella silba en voz baja. —Joder. Ese hombre es puro peligro con camisa de franela.

Cojo el bolso, con el corazón latiéndome a mil por hora. —Deséame suerte.

Jenny sonríe. —No necesitas suerte, cariño. Tienes la mirada.

Me río mientras voy hacia la puerta a recibirlo. He estado pensando en este momento toda la tarde, pero aun así no estoy preparada para ver a Magnus llenando el umbral de la puerta con su enorme cuerpo. Está para comérselo con una camisa de franela arremangada y unos vaqueros oscuros que le quedan demasiado bien.

Noto que ha intentado peinarse hacia un lado, pero tiene el pelo grueso e indomable y se le levanta por un par de sitios, negándose a ser domado. Me encanta. Solo quiero pasarle las manos por el pelo mientras me siento a horcajadas sobre su gran cuerpo.

Y se ha recortado la barba. Está muy sexi así de arreglado.

Pero son esos ojos... Dios, son tan verdes. Tan brillantes. Tan llenos de fuego posesivo mientras me mira como si no fuéramos a llegar al restaurante. Esa mirada ardiente recorre mi cuerpo de arriba abajo, provocándome un hormigueo por todas partes. —Estás... *deslumbrante*.

—Gracias —digo con timidez—. ¿Nos vamos?

Me ofrece su enorme brazo y yo lo cojo mientras nos dirigimos a su camioneta. El corazón me late con fuerza por los nervios, la emoción, la expectación y puede que incluso... el destino.

Me abre la puerta y no me quita los ojos de encima mientras subo. Me invaden los nervios de la primera cita mientras lo veo rodear el capó de la camioneta hacia el lado del conductor. No he tenido muchas citas. Ninguna, en realidad, ahora que lo pienso. Tuve una, pero el chico solo me estaba utilizando para darle celos a su ex. Me llevó al restaurante donde ella trabajaba y ella fue nuestra camarera. Sí.

Y luego estuvo el que me dio plantón y el que me llevó a una convención de cartas de Pokémon y luego me dejó tirada —creo que solo me necesitaba para que lo llevara—, y el que resultó ser veinte años mayor que en su foto de perfil. En esa me escapé de la cafetería sin que me viera.

Sí. Louisville no ha sido precisamente un paraíso para el amor. Ni siquiera me han besado, y mucho menos hecho cualquier otra cosa. Quizá esté destinada a uno de estos chicos de Montana. Este, desde luego, me está acelerando el pulso.

—¿Adónde me llevas? —le pregunto cuando sube a la camioneta.

—No hay muchos sitios elegantes por aquí —dice mientras sale marcha atrás del camino de entrada—. Pero tenemos un sitio divertido que se llama The Rusty Note. Tienen música en directo, copas divertidas y comida estupenda. ¿Te parece bien?

—Suena increíble —digo, emocionada por salir una noche a divertirme por una vez—. He pasado por delante esta tarde. Parecía divertido.

Pillo a esos sexis ojos verdes echando un vistazo a mis piernas y entonces oigo un gruñido grave retumbando por la camioneta.

No me importa. Yo también le echo miradas. A esas manos grandes agarrando el volante, a sus muslos musculosos llenando esos vaqueros y a esa cara preciosa. Es guapísimo desde todos los ángulos. Cada vez me fijo en algo diferente, como la peca tenue cerca de su sien, o la forma en que su mandíbula se tensa cuando cambia de marcha, o la pequeña cicatriz en su cuello que me hace querer inclinarme y besarla.

Pero primero tengo que saber...

—Entonces, eres un oso cambiante, ¿verdad?

Asiente.

—¿Y los osos cambiantes no tienen... compañeras?

Se queda quieto y se me encoge el estómago.

La cabeza me empieza a dar vueltas mientras permanecemos en silencio. Mierda. Esto está pasando *otra vez*.

—Me estás usando para darle celos, ¿verdad?

Gira la cabeza bruscamente, con los ojos llenos de espanto. —¿*Qué*?

—¿Trabaja en The Rusty Note? —pregunto, negando con la cabeza. Claro. ¿Por qué iba a estar este hombre interesado en mí?—. ¿Va a ser nuestra camarera?

Cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza como si intentara seguir el hilo de mis locuras. —Espera. ¿Qué? ¿Camarera? ¿Qué?

—Para, por favor —digo, agarrando el tirador de la puerta—. Déjame salir aquí.

—*Eh* —dice cuando intento abrir la puerta. Su gran mano me sujeta contra el asiento mientras se detiene en el arcén. El coche de detrás nos pita agresivamente mientras nos adelanta a toda velocidad.

—Erica, ¿de qué estás hablando?

Noto cómo me arden las mejillas. El corazón me late con fuerza. Esta mirada ahumada no está funcionando. —Me niego a ser un

peón en tu retorcido juego de pareja.

Se encoge y se lleva las manos a la cabeza. —Estoy perdidísimo.

Lo miro fijamente a los ojos. —¿Me estás usando para darle celos a tu compañera?

—No —dice, con la exasperación pintada en la cara—. Erica. *Tú* eres mi compañera.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendida. —¿Qué?

Respira hondo. —Tú eres mi compañera —dice en una voz suave y tranquila—. Estamos destinados a estar juntos. ¿No lo sientes?

—Un poco, pero...

—¿Pero qué?

No quiero decir esta parte. Es demasiado vergonzoso. —Pensaba que era porque estás buenísimo.

Se ríe, pero no es una risa condescendiente. Es una risa de alivio y alegría. Niega lentamente con la cabeza mientras me mira fijamente a mis ojos ahumados, que quizá sí están funcionando un poco. —Eres jodidamente perfecta.

El interior de la camioneta se caldea con el intenso contacto visual. Mi cuerpo se agita. El calor se acumula entre mis piernas. Mi corazón late lento y fuerte, como si por fin estuviera donde debe estar.

Ahogo un grito cuando se inclina lentamente, borrando la distancia entre nosotros. Mis labios se entreabren, todo mi cuerpo se tensa cuando su boca toca la mía. Gimo mientras me besa, suave y tierno.

Me acuna la mandíbula con una mano, la otra se desliza alrededor de mi cintura mientras profundiza el beso, lento y lleno de calor, como si lo hubiera estado anhelando con desesperación.

Se me ocurre que este probablemente también es su primer beso. Para ser un novato, es bastante bueno.

Su lengua roza la mía, un toque provocador que me envía escalofríos por la espalda. Me derrito en él, mis dedos se aferran a su camisa, queriendo más, necesitando acercarme más.

Me duele el coño mientras lo saboreo. Se me endurecen los pezones. Me cosquillea el cuello.

Saboreo cada segundo del delicioso beso, centrando toda mi atención en él, en este hombre: su lengua caliente, sus manos fuertes, sus labios suaves, sus gemidos profundos y sexis. Todo lo demás se desvanece.

Cuando por fin se aparta, ambos respiramos con dificultad, con las frentes apoyadas. —¿Empiezas a entenderlo ahora? —susurra mientras me mira a los ojos.

Me toco la zona del cuello que me cosquillea mientras miro al hombre que acaba de cambiarme la vida. —Más o menos. Pero todavía me cuesta creerlo. ¿Somos compañeros? ¿De verdad?

—De verdad —dice, asintiendo mientras se relame el sabor de mis labios—. Era un desastre hasta que te conocí.

—Yo también era un desastre —admito—. Aunque creo que todavía lo soy.

Se ríe mientras coge mi mano y la sujeta como si nunca fuera a soltarla. —Vamos a por una copa divertida y unas patatas fritas para ti.

Nos damos la mano todo el camino hasta el restaurante e incluso mientras aparca en línea. Mis nervios han sido reemplazados por esta ligera sensación de ingravidez, como si todo fuera a ir bien a partir de ahora.

El restaurante es divertido y animado, justo lo que necesitaba. La banda es increíble, y toca *Small Town* de John Mellencamp mientras la encargada nos lleva a nuestro reservado. Magnus nos ha conseguido una reserva, lo cual me encanta. Adoro a un hombre que toma la iniciativa y se esfuerza.

Magnus me lleva al lado del reservado que da al restaurante, ofreciéndome la mejor vista. Son pequeños detalles como ese los que significan un mundo para mí.

Este lugar bulle de energía: el tintineo de los vasos, las carcajadas y el murmullo de las conversaciones llenan el aire mezclado con la música divertida. Unas guirnaldas de luces serpentean por el techo, bañándolo todo en un cálido resplandor dorado. La barra está a reventar aunque es una noche entre semana. Los guapos camareros agitan cócteles de colores neón y sirven enormes jarras de cerveza de barril. Hay una pared de pizarra

cubierta de bebidas especiales con nombres extraños como «Trampa para osos» y «Whiskey Fizz», y cada rincón de la sala parece palpitar con ese encanto despreocupado de pueblo pequeño.

No he encontrado nada como esto en Louisville. Y no he encontrado a nadie como Magnus.

Pedimos bebidas y comida, y aunque la camarera es joven y guapísima, Magnus no le presta atención más que para pedir educadamente. Este hombre solo tiene ojos para mí.

Y eso me hace sentir la chica más especial del mundo.

Doy un sorbo a mi divertido cóctel cuando llega: una bebida de colores vivos llamada Sol Ahumado. Pensé que era el destino después del maquillaje que Jenny me hizo en los ojos.

—*Mmmm* —gimo al probarlo.

Magnus tiene una gran jarra de cerveza ámbar. Lo observo mientras se lleva la jarra fría a los labios y bebe un poco. Está *taaaan* bueno.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando deja la jarra y coge mis manos sobre la mesa. Sus grandes palmas las engullen por completo.

—Bueno —dice con una sonrisa—. Cuéntamelo todo.

Hablamos durante dos horas y media. Durante los aperitivos, la cena, el postre y el segundo postre que Magnus insiste en que pidamos.

Me habla de su hermano y su hermana, y de sus padres que viven en Suiza. Me habla de su amor por el arte y los tatuajes y de cómo montó su estudio. Me habla de su oso pardo y de lo mucho que ha luchado últimamente, de cómo ese maldito oso lo ha llevado por tres estados buscándome.

Escucho con toda mi atención, incapaz de apartar los ojos de él. Estoy asombrada por todo: que tenga un oso pardo escondido dentro de él, que el oso pardo esté obsesionado *conmigo* y que un día podré conocerlo en persona.

Yo también hablo, sincerándome sobre mi vida. Le hablo de los estudios y de cómo no he podido encontrar un trabajo significativo en Louisville. De cómo nunca me pareció el lugar adecuado. Le hablo de mi madre y mi padre y de lo difícil que fue vivir con

hermanos como Mace y Knox. Él escucha cada palabra, dándome toda su atención.

Estoy cayendo rendida a sus pies para cuando caminamos hacia la camioneta bien entrada la noche, con el estómago lleno de buena comida, el corazón rebosante de pensamientos sobre el futuro y cómo mi compañero y yo encajaremos. Todavía no puedo superar esa palabra. Compañero. Soy la compañera de alguien.

Y no la compañera de cualquiera. Soy la compañera de este increíble, atractivo, amable, cariñoso y sexi de cojones oso pardo cambiante. Guau. Siento como si estuviera en un sueño y a punto de despertarme entre sábanas empapadas en sudor.

Se supone que me voy en tres días, pero ¿cómo puedo irme ahora?

—¿Conocías a mis hermanos? —le pregunto mientras miro todas las estrellas que brillan sobre nuestras cabezas. He querido preguntárselo desde que vi su reacción en el estudio de tatuajes. Hay algo que no me está contando.

Su cuerpo se tensa. Solo un poco, pero lo noto.

—Es un pueblo pequeño —dice, la ligereza ha desaparecido de su voz—. Sabía de ellos.

—Ah —digo mientras seguimos caminando en silencio. Esto me va a volver loca si no pregunto. Tengo que saberlo. Tengo que acabar con esto ahora. De repente me detengo y lo miro fijamente. Él exhala larga y profundamente mientras se detiene y se gira hacia mí, con cara de preferir hablar de cualquier otra cosa que no sea esto—. Pero los *conocías*.

Mira a un lado, suspirando pesadamente.

—¿Qué pasó? —pregunto sin rodeos—. Sé cómo eran mis hermanos. Solo necesito saberlo. Por favor, Magnus.

Respira hondo y me mira como si se le estuviera rompiendo el corazón. —No sé si de verdad sabías cómo eran tus hermanos.

—¿Qué pasó? —pregunto con más fuerza.

—Yo estaba allí —dice finalmente—. La noche que murieron.

Se me hiela la sangre. Me empiezan a temblar las manos.

—Ah.

Siento que se me calienta la cara, esperando que no vaya a decir lo que creo que podría decir.

—Intentaban hacerle daño a mi hermana y a mi mejor amiga. Tuve que detenerlos.

Siento como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo congelado. Como si estuviera viendo esto desde otro plano de existencia.

—Querían matarnos —dice—. Intentaban matarnos.

—¿Los... los *mataste*?

Cierro los ojos, sin querer oír la respuesta. Quiero volver a estar en el restaurante con un cóctel divertido en la mano y esa cara preciosa y sonriente mirándome, mi mente rebosante de ideas sobre el futuro y todas las posibilidades. No... *aquí*. No... *esto*.

—Lo siento mucho, Erica —dice con la voz quebrada—. Yo maté a Knox.

Empiezo a temblar por todas partes. Siento que voy a vomitar. —¿Y a Mace?

Niega con la cabeza como si no pudiera creer que esto esté pasando. —Adrian mató a Mace.

Todo se vuelve entumecido.

Mi mente se queda en blanco como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar.

No puedo moverme. Siento los músculos paralizados. Esto no puede estar pasando.

—Erica —susurra mientras extiende la mano hacia mí.

Me estremezco y retrocedo ante su mano extendida. —No me toques.

—Erica, por favor —suplica—. De verdad que no nos dejaron otra opción.

Tengo que salir de aquí. Tengo que irme.

—Yo... —empiezo a decir, pero no hay palabras. No queda nada que decir.

Así que me doy la vuelta y echo a correr. Huyo de vuelta al restaurante y me subo a un taxi que esperaba.

—Arranque —suplico mientras las lágrimas me llenan los ojos—. Simplemente arranque.

El conductor me mira por el espejo retrovisor y luego arranca.

Cuando gira la esquina, veo por última vez a Magnus de pie, solo en la calle oscura, con la cabeza gacha, como si su corazón acabara de hacerse añicos.

Bueno, pues ya somos dos.

CAPÍTULO SIETE

Erica

Quizá sea una mala idea...

Estoy aparcada al otro lado de la calle de la sede de los Rourke's Warhounds y no tiene buena pinta.

Tampoco es que gritara *bienvenida* cuando era niña, pero ahora parece... más oscuro. Más peligroso. Ya no soy una niña. Sé de las maldades de las que son capaces algunos hombres.

El porche desvencijado está lleno de latas de cerveza y sillas de jardín destrozadas. La pequeña parcela de césped al lado del edificio está salvaje y descuidada. Hay un par de motos aparcadas delante, con manchas de aceite debajo, como manchas de sangre sobre el hormigón. La puerta principal está entreabierta y la música retumba débilmente desde algún lugar del interior; alguna canción de rock rabioso que no reconozco.

Trago saliva con dificultad, agarrando el volante con ambas manos mientras permanezco congelada en el asiento del conductor.

—Esto es una mala idea.

Pienso en lo que diría Magnus si supiera que estoy aquí. Probablemente me echaría sobre su hombro grande y ancho y se me llevaría como un bruto protector.

Una parte de mí lo anhela. Pero una parte más grande de mí no cree que pueda volver a verlo nunca. ¿Cómo puedo estar con el hombre que mató a mi hermano?

Una chispa de rebeldía me golpea y salgo disparada del coche con el corazón desbocado.

Toma esta, Magnus, cabrón asesino.

Me dirijo a la entrada con una sola cosa en mente: coger el reloj de plata de Mace.

Mace siempre lo llevaba. Era una de las pocas cosas que trataba con respeto. Pensé que sería un bonito recuerdo para llevar a casa. Sería un trozo de ellos. Algo tangible. Algo sin complicaciones.

Pero nunca hubo nada sin complicaciones en ellos.

Me aprieto la chaqueta mientras piso la carretera de grava con una respiración forzada. En el segundo en que cruzo la calle, siento las miradas. Unos cuantos tipos de aspecto amenazador que no reconozco salen de la sede y me observan mientras subo los viejos y gastados escalones. Uno de ellos sorbe su cerveza y se apoya en el poste mientras yo fuerzo una sonrisa.

—Hola —digo, dándome cuenta de que esto es de verdad una mala idea. Ahora sí que desearía que Magnus estuviera aquí—. Soy la hermana de Mace y Knox. Erica.

No dicen nada. El del pelo negro y grasiento me entorna los ojos mientras le da una larga calada a su cigarrillo.

—Banks dijo que podía pasar a recogerlo —digo, mirando hacia mi coche. Quizá debería largarme y ya está.

—¡Banks! —grita el grasiento hacia el interior del edificio ruinoso —. ¡Sal de una puta vez!

Doy un paso atrás, sin querer entrar ahí para nada. Quizá debería irme...

Pero Banks sale y la oportunidad de huir se ha esfumado.

—Erica —dice, dedicándome una sonrisa babosa—. Pasa, pasa.

Baja las escaleras a toda prisa, alzándose sobre mí con su cuerpo larguirucho, y me pasa su huesudo brazo por los hombros.

—Tengo el reloj dentro —dice, su aliento fétido cayéndome encima—. ¿Quieres una copa?

—Solo quiero el reloj —respondo mientras le agarro la muñeca y me quito su brazo de encima—. Solo tengo un minuto.

Intenta hacerme entrar, pero me detengo en la puerta. No voy a entrar ahí. Oigo la voz profunda de Magnus en mi cabeza advirtiéndome que tenga cuidado con estos tipos y voy a escucharle.

Los otros tipos siguen mirándome, sus miradas asquerosas violando cada centímetro de mi cuerpo.

—Sabes, siempre quise pedirte salir —dice Banks, sonriéndome —. Pero tus hermanos me habrían matado.

—Mmm —digo, cruzándome de brazos y apartando la vista.

—Tus hermanos ya no están por aquí —dice—. Qué suerte la nuestra.

Extiendo la mano.

—El reloj, Banks.

Él se ríe, con una risa grave y fría.

—No te hacía tan sentimental, Erica.

Cambio de peso, manteniendo la distancia. El corazón me late con fuerza. ¿Por qué he venido sola? ¿Por qué he venido? ¿De verdad un reloj va a hacer que me sienta mejor? ¿Va a arreglar lo irreparable?

Banks se acerca un poco más y se apoya en el poste del porche.

—Corre el rumor de que has estado saliendo con esos osos cabrones de Heat & Stink. Sobre todo con el grande. ¿Cómo se llama? ¿Magnus?

Me estremezco.

Él lo nota y su oscura sonrisa se acentúa.

—Con ese vas en contra de tu familia. Vas en contra de todos nosotros, los Warhounds.

—¿Me estáis siguiendo? —espeto.

Banks levanta ambas manos en un gesto de falsa inocencia.

—Solo estoy cuidando de la hermanita de mis amigos. ¿Es eso tan malo?

—Aléjate de mí —advierto.

—¿Estás segura de que quieres estar cerca de tipos como ese? —dice, ignorándome—. Los osos cambiantes no son caballeros como nosotros. Son auténticos asesinos.

Siento que el calor me sube a la cara.

—Piensa en lo que dirían tus hermanos —añade Banks—. Seguirían vivos si no fuera por tu novio peludo.

Me recorre de arriba abajo con esos ojos hundidos, y siento su espeluznante mirada por todas partes, como una serpiente deslizándose por mi piel.

—Quédate con el puto reloj —digo mientras me doy la vuelta y bajo las escaleras a zancadas.

—El reloj no está aquí de todos modos —grita tras de mí—. Probablemente enterraron a Mace con él.

Bien. Que se pudra con él.

No me detengo hasta que vuelvo a estar en mi coche, cerrando la puerta de un portazo y echando el seguro con mano temblorosa. El pulso me martillea, me tiemblan los dedos mientras agarro el volante e intento respirar.

Al diablo con el reloj.

Al diablo con este sitio.

Al diablo con todos ellos.

Tengo el tatuaje. Con eso basta.

Ese tatuaje se hizo con cuidado. Con significado. Con conexión.

Un reloj de plata que probablemente ha sido manchado con sangre inocente en varias ocasiones no va a significar una mierda.

El tatuaje es todo lo que necesito. Al menos eso significó algo.

Pienso en las fuertes manos de Magnus sobre mi piel. En su suave voz alentadora. En sus fieros ojos protectores.

Su beso.

Dios... ese beso.

No puedo dejar de pensar en él. En lo bien que me sentí. En cómo me sentí como... en casa.

Ya lo echo mucho de menos.

Mi cuerpo ansía verlo.

No lo necesitas. Mató a tu hermano, joder. Puede decir todo lo que quiera que es el destino, pero yo digo que se acabó.

Meto primera y me largo de este asqueroso lugar.

Cojo mis cosas de casa de mi tía y le escribo una bonita nota de agradecimiento. Ojalá pudiera despedirme en persona, pero está en el trabajo las próximas horas y no puedo esperar más.

La llamaré desde la carretera cuando termine su turno en el hospital.

He terminado con este pueblo. Para siempre.

Salgo por la puerta principal con mis maletas y retrocedo en estado de *shock* al ver a Victoria apoyada en mi coche, con sus brazos tatuados cruzados sobre el pecho.

—Esperaba encontrarla aquí —dice.

Dudo un momento y luego voy directa a mi maletero, metiendo las maletas dentro.

—Pues sí, pero me voy.

—A mi hermano le destrozará saberlo —dice con el ceño fruncido.

—No me importa.

Cierro el maletero de un portazo y me dirijo a la puerta del conductor sin mirarla.

—Yo también estuve allí esa noche —dice—. La noche que sus hermanos murieron.

—La noche en que los *mataron* —la corrijo.

—Sí —dice con un suspiro—. La noche en que los mataron.

—No quiero hablar de esto —digo.

—Pues se aguanta —dice simplemente—. Necesita oírlo.

Me vuelvo lentamente, con los brazos cruzados, intentando parecer más dura de lo que me siento.

—¿Qué va a decir, Victoria? ¿Está aquí para convencerme de que estaba justificado? ¿De que mis hermanos merecían morir?

Victoria levanta la barbilla, sus ojos verdes fijos en los míos.

—No. Estoy aquí para asegurarme de que entienda exactamente lo que pasó. Porque lo entiendo, usted solo conocía una cara de ellos. Pero yo vi de lo que eran capaces. Lo viví. Todos lo vivimos.

Da un paso adelante, con la voz firme y tranquila.

—Iban a matarme, Erica. A mí y a Adrian. Vinieron a la tienda buscando sangre. No les importaba quién se interpusiera en su camino. Su hermano, Mace, iba a arrancarme la garganta. Lo vi en sus ojos. Y Knox... se reía mientras pasaba. Como si fuera un juego.

La miro fijamente, con el corazón acelerado.

—Está exagerando.

—No, no lo hago —dice, su voz temblando de repente—. ¿Cree que queríamos que pasara algo de esto? ¿Cree que mi hermano Magnus quería matar a alguien? Es el tipo más dulce que he conocido. Se echa la culpa cada día, aunque no tuvo elección. Me salvó la vida. Salvó la vida de Adrian.

Aparto la mirada. No puedo seguir mirándola. Hay demasiada vergüenza. Sé que mis hermanos no eran buenos tipos, pero oír que querían matar a esta chica que ayer me pareció tan genial... Uf, es difícil de oír.

Deja escapar un suspiro tembloroso.

—Eso ni siquiera es lo peor de todo, Erica. Obligaban a cambiantes inocentes a luchar entre ellos hasta la muerte. Eran sádicos.

Giro la cabeza bruscamente, fulminándola con la mirada. Espero ver una señal. Ver que está mintiendo. Que se lo está inventando todo, pero solo veo verdad. Y dolor. No creo que esté mintiendo.

—Magnus no salió de esa noche orgulloso —continúa—. Salió destrozado. Luego la conoció a usted, y por primera vez en mucho tiempo, lo vi sonreír de nuevo. Sonreír de verdad.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Y ahora se va —dice en voz baja—. Sin siquiera intentar entenderlo desde su punto de vista. Sin entender que no tuvo elección. Usted no es la única que quiere proteger a sus hermanos.

Parpadeo con fuerza, intentando no llorar.

—¿Por qué quiere que me quede? Pensaba que estaría contenta de librarse de mi familia para siempre.

—Porque ahora usted es *nuestra* familia —dice, intentando no llorar también—. Se dé cuenta o no, es una de los nuestros.

Quiero serlo. De verdad que quiero serlo.

—Y porque lo es todo para mi hermano mayor —dice, secándose los ojos—. Y lo conozco. Es leal. Es tierno. Es un protector hasta la médula. Y está completamente destrozado por usted. No podrá sobrevivir si ha perdido a su compañera para siempre.

Esa palabra otra vez. *Compañera*. Resuena en mi pecho.

—Sé cómo eran Mace y Knox —digo, respirando hondo—. Quizá no conozca todos los detalles horribles, pero no soy idiota. Sé que sus demonios internos los dominaban. Lo sabía incluso cuando era una niña. Pero seguían siendo mis hermanos. Y ahora ya no están, y la única persona que me hace sentir... completa es la que participó en ello.

Victoria asiente.

—Es complicado, lo sé. Y nadie le pide que nos perdone de inmediato. Solo... denos una oportunidad. Quédese unos días. Tómese un tiempo para reflexionar.

Miro la casa de mi tía Jenny mientras sostengo la llave del coche. Quizá quedarse unos días más no sería una mala idea.

—A veces el amor es un lío —dice Victoria—. No estoy aquí para pedirle que olvide lo que pasó. Solo le pido que se tome un tiempo para intentar verlo desde el punto de vista de Magnus. Y si acaso, para al menos despedirse.

Miro al suelo, con el corazón martilleándome.

—Vale —digo—. Lo pensaré.

Victoria respira aliviada.

—Gracias.

—¿De verdad cree que lo está pasando mal? —pregunto en voz baja.

Ella asiente.

—Nunca lo había visto así.

Suelto un suspiro, mirando mi reflejo en la ventanilla del coche.

No sé por qué oír eso me hace tan feliz.

Se acaba de ganar un día extra.

CAPÍTULO OCHO

Magnus

Hasta mi oso está callado esta noche.

Ni un gruñido, ni un paseo nervioso, ni una amenaza de salir disparado y sembrar el caos. Solo una pesada y melancólica tristeza en la que ambos nos estamos ahogando.

Antes temía que mi oso perdiera el control.

¿Pero esta quietud? ¿Este dolor? Es peor.

Es como si hubiera perdido toda razón para vivir. Yo también lo siento. Nunca me he sentido tan vacío.

Estoy sentado en el porche de mi cabaña, hundido en una vieja silla de madera que no para de crujir bajo mi peso. Las oscuras montañas se alzan en la distancia, negras e inmóviles. El silencio aquí fuera es denso, roto solo por la brisa fresca que se ondula entre las hojas y el ulular de un búho a lo lejos, que suena tan solitario como yo me siento.

No puede haberse acabado. Simplemente no puede ser.

Pero no dejo de ver su cara de horror cuando se lo conté… y… y desde luego parece que se ha acabado. Parece que no quiere volver a verme nunca más.

Respiro hondo, inhalando el aire fresco con aroma a pino. Mataría por volver a esa noche. Quizá podría haber hablado con

Knox y Mace. Quizá podría haberlo gestionado de otra forma, haber ayudado a cambiarlos.

Pero incluso mientras lo revivo en mi mente, sé que eso nunca habría ocurrido. Es hacerse castillos en el aire. Esos chicos eran perros rabiosos a los que había que sacrificar.

Suspiro mientras una liebre sale del bosque de un salto y empieza a mordisquear unas flores silvestres.

Solo he estado unas horas con ella. Esa es la peor parte.

Unas pocas horas perfectas y maravillosas en las que el mundo tenía sentido. En las que el dolor dentro de mí se atenuó por primera vez en años. En las que todo parecía tan jodidamente perfecto. Y entonces… se acabó.

Y ahora es peor.

Peor que antes de conocerla.

Ahora sé lo que me estoy perdiendo.

Ahora sé que esa chica perfecta está ahí fuera y no quiere saber nada de mí. Al menos antes, tenía un pequeño rayo de esperanza de que pudiera entrar en mi vida en cualquier momento. Ahora, no tengo nada.

Se me caen los hombros mientras niego con la cabeza, preguntándome cómo voy a seguir adelante.

Entonces, lo oigo.

El crujido de unos neumáticos en el camino de grava.

La liebre se yergue y vuelve al bosque de un brinco.

Me incorporo, parpadeando en dirección al camino de entrada.

Probablemente sean Julian o Victoria, que vienen a intentar animarme aunque solo quiero estar solo.

Los faros atraviesan los árboles, proyectando sombras móviles en mi césped mientras el coche gira hacia mi largo camino de entrada.

—No puede ser… —susurro cuando veo el cochecito familiar entrar en el claro frente a mi cabaña.

Es ella. De verdad que es ella.

Mi grizzly se agita mientras mi compañera aparca junto a mi casa. Me arreglo el pelo rápidamente y tiro las botellas de cerveza vacías a los arbustos.

Su motor se queda al ralentí un momento y luego se apaga.

La puerta se abre.

Y ahí está ella.

Erica.

Mi compañera.

Camina hacia la luz, su silueta aureolada por los faros, las manos en los bolsillos, la chaqueta ceñida como un escudo. Por un segundo, me pregunto si el dolor por fin me ha quebrado, porque parece demasiado perfecta para ser real.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que parece que fuera a partírseme.

Me quedo de pie en silencio, sin fiarme de mi voz.

Da un paso. Luego otro. Entonces se detiene, con los brazos apretados con fuerza a su alrededor.

Sus faros se apagan y por fin puedo ver su preciosa cara, iluminada por la luz de la luna. Me duele el corazón, es tan hermosa.

—No iba a venir —dice en voz baja—. Iba a conducir de vuelta a casa.

—Me alegro tanto de que no lo hayas hecho —digo con un nudo en la garganta—. Erica, lo siento muchísimo.

Ella levanta una mano. —No creo que pueda perdonarte —dice, lo que hace que me quiera morir—. No sé cómo podría.

Bajo la cabeza, desolado. Es lo último que quería oír.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunto con una voz baja y torturada.

—Tenía que despedirme —dice—. No podía irme sin despedirme.

Me quedo ahí, sin saber qué decir o hacer. No sé cómo puedo arreglar esto.

—Sé que no eres un mal hombre —dice, con la voz quebrada—. Sé que no querías que pasara lo que pasó.

—Lo desharía si pudiera —susurro—. Haría cualquier cosa por arreglarlo.

Estamos a solo unos metros de distancia, la tensión es tan densa que apenas puedo respirar. Solo quiero acercarme y besarla. Arreglarlo todo. Pero no puedo.

—Bueno, las cosas son como son —dice con tristeza—. Y no se puede arreglar lo que ya ha pasado.

—Entonces… —digo, sin querer creerlo—. ¿Esto es todo?

Se encoge de sus delgados hombros, tratando de no llorar. —Creo que esto es todo.

Estoy a punto de rogarle que se lo reconsidere, pero el leve sonido de unas motocicletas llega retumbando a mis oídos. Ella todavía no lo oye. Tarda unos segundos.

—¿Qué es eso? —pregunta con temor, girándose hacia el sonido mientras retrocede.

—Estarás a salvo —le digo mientras mi oso da un paso al frente en mi interior, listo para cualquier cosa—. Nadie va a hacerte daño.

Tres motocicletas entran con estruendo en mi propiedad, sus agresivos faros cortando la oscuridad.

Aprieto los dientes y entrecierro los ojos para mirarlas mientras se detienen.

—*Sí* —me susurro a mí mismo—. Sí.

Esto es exactamente lo que necesito.

Destrucción. Furia. Necesito golpear algo. *Fuerte*.

¿Y estos putos lobos moteros? Servirán perfectamente.

CAPÍTULO NUEVE

Erica

¿Me ha seguido hasta aquí?

Me quedo sin aliento cuando Banks se baja de la moto y sus ojos espeluznantes me recorren de arriba abajo. Reconozco a los otros dos del porche de esta tarde.

¿Por qué están aquí? ¿Para vengarse? ¿Para sembrar el caos? ¿Para llevarme con ellos? Joder.

—¿Este es el tío con el que has estado saliendo? —dice Banks, negando con la cabeza mientras evalúa a Magnus—. Vas a conseguir que me ponga celoso.

—Ni se te ocurra hablarle, joder —ruge Magnus, interponiéndose entre nosotros.

Me escondo detrás de su enorme cuerpo, cada músculo de su ancha espalda flexionado y listo para la acción.

—Nos pertenece a los Warhounds —dice Banks—. Es de nuestra propiedad.

Me estremezco al pensarlo. Probablemente me encerrarían en ese horrible edificio y… Ni siquiera quiero pensar en ello.

—No es vuestra —gruñe Magnus en un tono bajo y áspero—. Es *mía*.

Siento su posesión envolviéndome y me hace sentir tan a salvo. Tan protegida y segura.

Son tres contra uno, pero Magnus ni siquiera duda en interponerse entre el peligro y yo.

—¿Crees que quiere estar contigo? —se burla Banks—. Mataste a sus hermanos. ¿Sabías eso, Erica? Su oso mató a tus hermanos mayores.

—Aléjate de ella, joder —ruge Magnus—. Es tu última advertencia.

Banks se ríe mientras los dos cambiantes que lo acompañan se transforman en lobos.

Ver a esos lobos letales merodeando de un lado a otro con sus ojos sanguinarios clavados en mí me provoca un escalofrío primario. Son aterradores. Y Magnus es lo único que se interpone entre nosotros.

—Como iba diciendo —repite Banks, frotándose la mandíbula puntiaguda—. Es propiedad de los Warhounds y no nos iremos sin ella.

Le hace un gesto a uno de los lobos para que avance y el aterrador depredador gruñe mientras se desliza hacia mí.

Reprimo un grito mientras lo observo acercarse, horrorizada.

Pero no llega muy lejos. Magnus se abalanza sobre él en un instante, lo agarra por el pellejo del cuello y lo levanta como un padre enfadado que disciplina a su cachorro.

El lobo intenta arañar y morder a Magnus, pero él simplemente lo sostiene en el aire, mirándolo fijamente. Es tan fuerte… Tan valiente.

Lo lanza hacia atrás y el lobo aterriza con un aullido antes de volver a ponerse en pie de un salto.

—No hay nada que me gustaría más que desatar todo lo que siento sobre vosotros, putos animales —sisea Magnus en voz baja—. Pero no quiero que mi chica vea eso. Pero si no me dejáis otra opción, lo haré de buena gana.

Sigue interpuesto entre nosotros, como mi propio ángel guardián. Como un dios protector.

Me doy cuenta de lo protector que es. De que haría cualquier cosa por la gente a la que quiere.

Me doy cuenta de que me siento a salvo con él. Me siento segura e intocable. Tres lobos o trescientos, sé que Magnus nunca dejaría que nada me hiciera daño.

—Muy bien, pues —se burla Banks mientras se saca el cinturón de cuero—. Vamos a darnos de leches.

Se transforma en un gran lobo gris, incluso más grande que los otros.

Magnus se gira y me mira por encima de su musculoso hombro. —Cierra los ojos, cariño.

No cierro los ojos. Lo observo todo.

Veo a Magnus estallar en un feroz oso grizzly. Veo a los lobos abalanzarse sobre él.

Veo al oso luchar con todo lo que tiene, luchando por mí, luchando para mantener a su pareja a salvo.

Me doy cuenta de que esto es lo que debió de ocurrir aquella horrible noche.

Mis hermanos, con todas sus malvadas y nefastas intenciones, intentando matar a la gente que Magnus quiere. A su hermana pequeña. A su mejor amigo.

Él solo hacía lo que le sale de forma natural. Ser un protector. Mantener a sus seres queridos a salvo.

Me duele el corazón al verlo abrirse paso entre esos lobos, dominando cada segundo de la batalla. Su grizzly ruge mientras lanza al lobo negro contra las motos con un potente zarpazo.

El gris oscuro se aleja cojeando mientras el lobo gris de Banks se abalanza hacia delante con las fauces chasqueantes y las garras extendidas.

Noto que Magnus se está conteniendo. Intenta no hacerles daño. Por mí. Porque no quiere cometer el mismo error que con mis hermanos.

Pero al ver su ferocidad, su malvada intención, por fin me estoy dando cuenta de que no fue un error. Hizo lo correcto. Hizo lo que hace un hombre de verdad. Proteger a los inocentes. Proteger a los que quiere.

—Acaba con él, Magnus —digo, sintiéndome más segura de esto que de cualquier otra cosa—. Acaba con él por mí.

El grizzly de Magnus se gira y me mira con los mismos penetrantes ojos verdes. Me invade una oleada de amor y ternura mientras me observa como si no se cansara de lo que ve.

Mi pareja. El único.

—Acaba con él —repito—. Acaba con él por tu pareja.

El lobo de Banks ataca su pata trasera, pero Magnus lo detiene, inmovilizando su cuerpo contra el suelo con su gran zarpa. Es tan grande y poderoso. Ese tipejo no tiene ninguna oportunidad.

Me doy la vuelta mientras Magnus ruge y luego muerde con fuerza el cuello expuesto del lobo.

Es horrible, pero sé que había que hacerlo.

Habría tenido que vivir con miedo y mirando por encima del hombro el resto de mi vida. No habría podido dormir, pensando que Banks podría entrar en mi casa en cualquier momento. No habría conocido ni un segundo de paz.

Pero este hombre y su oso grizzly protector, mi pareja, me han librado de eso.

Ha matado por mí.

Los otros lobos deciden que ya han tenido suficiente de esta pelea y huyen hacia sus motos. Vuelven a su forma humana y recogen las motos del suelo.

—Cógelo —le dice uno de ellos al otro mientras se preparan para huir.

—*Tú* cógelo.

Maldice por lo bajo y luego corre, agarra la pata del lobo muerto y lo arrastra lejos del oso de Magnus. Lo lleva hasta la moto y lo arroja en la parte de atrás.

Ambos se suben, preparándose para marcharse.

—¡Eso es lo que pasa cuando os metéis conmigo y con mi hombre! —les grito—. No soy propiedad de los Warhounds. ¡Le pertenezco a Magnus North!

No se quedan a discutir. Simplemente huyen tan rápido como pueden con el lobo muerto de Banks sobre la parte trasera de una de las motos.

Sus rugientes motocicletas aceleran por el camino de entrada y se meten en el camino de grava, desapareciendo finalmente en la

oscuridad.

Ahora todo está muy silencioso. Solo la respiración agitada del oso grizzly de Magnus mientras permanece allí, observando el camino vacío.

Finalmente se gira y me mira, con los ojos verdes brillantes y la boca llena de sangre.

Me estremezco de pies a cabeza.

Es tan grande. Tan poderoso.

Pero no siento ningún miedo mientras se acerca. Me siento amada. Protegida. Siento que estoy exactamente donde tengo que estar.

El enorme oso baja la cabeza mientras camina directamente hacia mí. Hundo las manos en su pelaje y él gruñe satisfecho.

—¿Puedes oírme ahí dentro, Magnus?

El oso retumba en voz baja, y lo tomo como un sí.

—Lo siento —susurro, mis labios rozando su pelaje—. Siento haber sido tan dura contigo.

Trago saliva, deseando poder retroceder y revivir las últimas veinticuatro horas. Lo habría manejado de forma muy diferente.

—Ahora entiendo que hiciste lo que tenías que hacer. No tenías mucha elección.

Este hombre es un protector, no un asesino. Solo mata cuando tiene que hacerlo. Cuando es absolutamente necesario.

—Te perdono —susurro mientras las lágrimas llenan mis ojos—. Te perdono por todo.

El oso retrocede y me mira con los ojos más tiernos que he visto nunca. Me lame la muñeca y luego empieza a temblar.

Me quedo sin aliento cuando Magnus emerge de él, alto, orgulloso y completamente desnudo.

Abro los ojos como platos y mi boca se abre mientras lo recorro con la mirada de arriba abajo, viendo cada glorioso centímetro.

Es… un dios.

Iluminado por la luz de la luna, parece un dios salido de un antiguo mito griego. Una profunda necesidad primordial sacude mi ser mientras observo sus anchos hombros, su lado izquierdo cubierto de tinta. El sexi tatuaje recorre su gran brazo musculoso,

deteniéndose en su muñeca. Su enorme pecho sube y baja con respiraciones agitadas, sus ardientes ojos verdes clavados en mí con una mirada erótica.

Me duele el coño mientras bajo la mirada, su tableta de chocolate flexionándose con cada respiración, cada cresta y valle tan profundo que parece esculpido en piedra. Se me corta la respiración cuando veo su polla larga y gruesa colgando pesadamente entre sus musculosos muslos. Gimo mientras la miro, queriendo tocarla, queriendo saborearla, queriendo sentirla *empujando* dentro de mí. Es tan hermosa. Tan masculina. Tan poderosa. Tan jodidamente *grande*.

Aparto la vista de ella y lo miro en su totalidad. Se yergue alto, sin vergüenza, y más hermoso de lo que jamás podría haber imaginado. Su piel reluce débilmente con un brillo de sudor, y no parece importarle en absoluto que haga fresco.

Siento un hormigueo intenso en el cuello, exigiendo ser marcado. Quiero sus labios sobre él. Quiero sus dientes hundiéndose en mi carne. Quiero ser suya. Quiero ser marcada por este hombre perfecto.

Es increíblemente guapo, pero no es solo su tamaño o su fuerza o sus sexi músculos lo que me deja sin aliento; es la forma en que me mira. Como si yo fuera el centro de su mundo. Como si fuera lo único que importa.

Sus ojos —de ese imposible tono de verde— se suavizan mientras da un cauteloso paso hacia delante. Vulnerable. Esperanzado.

—Erica… —susurra, su voz ronca y cruda—. Siento que hayas tenido que ver eso.

Ni siquiera lo pienso. Simplemente corro hacia él y me lanzo a sus brazos, dejando que el calor de su cuerpo me envuelva como si estuviera volviendo a casa.

—Me alegro de haberlo visto —digo mientras le beso el cuello—. Ahora, lo sé… Ahora, me doy cuenta…

—¿De qué te das cuenta? —pregunta cuando no termino.

—De que estamos destinados a estar juntos —digo, mirándolo a los ojos durante un largo momento antes de besar su sexi boca.

Sus grandes brazos se aprietan a mi alrededor y él gime mientras me devuelve el beso.

Siento esa polla larga y gruesa endureciéndose entre nosotros, y enciende un fuego en mí que sé que no se apagará hasta que estemos en su dormitorio, sudorosos y exhaustos.

—Llévame adentro —susurro entre besos—. Soy tuya.

CAPÍTULO DIEZ

Erica

No llegamos a entrar.

Apenas subimos dos escalones del porche cuando le rodeo la gruesa y carnosa polla con las manos y él se detiene, gruñendo como una bestia con los ojos cerrados.

—Joder, qué bien sienta eso —gruñe mientras le aprieto la base gruesa y dura. Mis manos parecen tan pequeñas a su alrededor. Es tan *grande*.

—Lámete las manos —dice, mientras esos oscuros ojos encapotados me observan—. Humedécetelas bien.

Mis ojos están fijos en su hermosa polla, que se alza imponente frente a mí, mientras me paso la lengua por las palmas de las manos, una a una, humedeciéndolas con saliva.

—Eso es —dice, con voz grave y anhelante—. Esa lengüita sexi… Joder, las cosas que quiero hacerte, Erica. Ni te lo imaginas, chica.

Me pregunto cuáles serán esas cosas mientras le rodeo el cuerpo de la polla con las manos y empiezo a masturbarlo lentamente. Mis manos se mueven con más facilidad ahora, arriba y abajo, arriba y abajo. Sisea y echa la cabeza hacia atrás cuando le paso la palma por el glande grueso, embadurnándoselo de líquido preseminal.

—¿Te gusta tocarla? —pregunta mientras lo masturbo, hipnotizada por la sexi visión.

—Sí —susurro. Le deslizo una mano por debajo y le cojo los huevos, grandes y pesados. Suelta un gemido que hace que mi coño palpite de calor.

—¿Te encanta mi polla grande?

Gimo, haciéndoseme la boca agua. —Sí.

—No, no, no —dice, observando cómo muevo las manos arriba y abajo a un ritmo constante—. Quiero oírte decir las guarradas. Dime que te encanta mi polla grande.

—Me encanta tu polla grande —digo con el corazón desbocado. Me duele el coño al tocarla, preguntándome cómo se sentirá al entrar en mí. ¿Dolerá? ¿Me partirá en dos? ¿Siquiera cabrá? Vamos a averiguarlo… *Tengo* que averiguarlo… Mi coño húmedo y necesitado se *muere* por ello.

—Esa es mi chica —gruñe mientras desliza su gran mano por mi pelo—. Lámeme esos preciosos labios.

Me paso lentamente la lengua por los labios mientras le sostengo la mirada a sus lujuriosos ojos verdes, y la excitación y la necesidad me recorren. No puedo creer que tenga la polla de este hombre tan sexi en mis manos. No puedo creer que me mire así, como si no se cansara de mí, como si yo pudiera romperlo.

Sus ojos febriles están fijos en mis labios mientras me agarra la mandíbula con firmeza. Gimoteo cuando me echa la cabeza hacia atrás, clavando la mirada en mi boca mientras desciende lentamente sobre ella, brutal y hambriento. —Tienes la boca más sexi que he visto nunca —gruñe cuando separo los labios, dejándole entrever mi lengua—. Voy a destrozarte esta boca, nena. Voy a reclamar cada centímetro suave y húmedo de ella.

Un gemido retumba en mi garganta cuando me *toma* la boca con un beso exigente, robándome el aliento al deslizar su lengua profundamente. Lo masturbo más fuerte y más rápido mientras me besa con una pasión salvaje y animal. Su mano y su boca son rudas y duras, pero me *encanta*. Es justo lo que necesito.

El latido entre mis piernas es insoportable. Es exigente y necesitado y quiero tocarme tanto, pero no quiero soltar esta polla

larga y dura. Lo masturbo con más fuerza, descargando toda esa energía lujuriosa en su gran polla.

Magnus aparta su boca de la mía, pero mantiene su firme agarre en mi mandíbula, observando mi boca con una mirada oscura y posesiva. Esto no va a ser hacer el amor con ternura. Este hombre es una fuerza dominante, que coge lo que quiere. A mí me parece más que bien. Puede coger todo lo que tengo. Lo único que quiero es complacerlo. Lo único que quiero es hacerle sentir tan bien como él me hace sentir a mí.

—Enséñame esa lengüita caliente —gruñe mientras me sujeta la mandíbula. Saco la lengua y él inspira bruscamente, maravillado.

—Preciosa —susurra con voz grave y gutural—. ¿Vas a pasarle esa sexi lengua a tu compañero por la polla?

—*Sí* —digo, desesperada—. Déjame probarla.

—Lo haré —dice con una sonrisa oscura—. Pero primero quiero que babees por mi polla.

Cierro los ojos con un gemido frustrado. Me pondría de rodillas y me la metería en la boca si me dejara, pero su firme agarre en mi mandíbula me mantiene en mi sitio. Todo lo que puedo hacer es masturbar su imponente longitud.

—Esta boca es *mía* —dice con voz ronca y posesiva. No sé por qué, pero ese tono posesivo y esas miradas lascivas me están poniendo a mil. Mi coño está en *llamas*.

—Cada vez que hables —dice mientras me roza los labios hormigueantes con el pulgar—, cada vez que sonrías, recordaré cómo se veían estos labios deliciosos alrededor de mi polla, atragantándote con cada centímetro.

—*Por favor*, Magnus —digo, desesperada por ello—. Por favor, déjame chupártela.

Gruñe, con aire satisfecho, mientras le suplico con la mirada. Nunca he deseado tanto algo. Quiero sentir la madera áspera de su porche arañándome las rodillas, quiero sentir su gran polla estirando mis labios, hundiéndose en el fondo de mi garganta.

—De acuerdo —dice soltándome la mandíbula. Me hundo de inmediato, poniéndome de rodillas mientras contemplo la impresionante visión de su erección frente a mi cara. Me deja atónita

por un segundo, pero luego me recupero y le paso lentamente la lengua por el grueso y palpitante cuerpo de su polla.

—*Sí* —gruñe mientras desliza su mano en mi pelo, apartándolo a un lado para poder ver mejor—. Esa es mi chica. Chúpame la polla hasta que tu garganta olvide cómo respirar sin mí.

Mi lengua llega a su poderoso glande y la arrastro sobre la pequeña hendidura, probando su delicioso líquido preseminal. El gemido que se me escapa ante ese sabor masculino me nace desde los dedos de los pies y retumba por todo mi cuerpo tembloroso.

—Te gusta eso, ¿eh? —gruñe, observando como si no pudiera hartarse del espectáculo que estoy montando para él—. Te gusta el sabor de tu hombre. Pues tengo mucho más de donde ha salido eso. Pon tu boca en mí y te lo enseñaré. Chúpamela hasta dejarme seco, nena.

Respiro hondo y me meto cada grueso centímetro en la boca. Se me saltan las lágrimas mientras intento meter esta enorme polla en mi boca, sintiendo cómo estira mis labios y empuja contra el fondo de mi garganta.

Me puede la impaciencia y empiezo a atragantarme con ella. La saco de un tirón, sin soltar la base, mientras toso y me ahogo, con los ojos llorosos a más no poder.

Magnus se limita a observar con esa oscura y lujuriosa mirada fija en mí mientras recupero el aliento.

—Dime que es la primera vez que tienes a un hombre en la boca —dice—. Sé que nunca has deseado a nadie más que a mí.

El corazón me late con fuerza mientras miro la gran y poderosa polla que tengo en la mano y luego al hombre más seductor que he visto nunca. Es el único al que he deseado. Solía pensar que algo me pasaba, que nunca me gustara nadie ni deseara a ningún chico que me sonriera o me tirara los tejos a lo largo de los años.

Ahora sé que nunca me pasó nada. Solo estaba esperando a mi compañero. Lo estaba esperando a *él*.

—Eres el único, Magnus —digo, con el pecho hinchado de amor —. El único al que he deseado. El único al que he necesitado.

—Ahora soy tuyo, nena —dice, sonriendo con placer—. Enséñame lo que ambos hemos esperado.

Respiro hondo, preparándome mentalmente mientras me coloco de rodillas y me alisto para otro intento. Me la meto en la boca, más despacio esta vez, saboreando cada grueso centímetro.

Suelta un gemido primario mientras hunde sus grandes manos en mi pelo, echándolo hacia atrás para poder verlo todo. Está tan dura. Jodidamente larga. Tan gruesa. Me *encanta*.

Mantengo los labios apretados a su alrededor mientras empiezo a mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, dejando que mi lengua se deslice por el cuerpo de su polla.

Cada pocos segundos, me puede la impaciencia y me la meto demasiado hondo. Se me llenan los ojos de lágrimas y empiezo a ahogarme. Parece que eso le excita aún más.

—Estás tan buena atragantándote conmigo —gruñe mientras le cubro la gran polla con la lengua. La saliva se me derrama por la barbilla y voy a limpiármela, pero él me agarra la muñeca con un gruñido—. Que estés pringosa está bien, nena. Ni se te ocurra limpiarte la barbilla.

Me centro en su polla, chupándola más fuerte y masturbándola più veloce, ensuciándome toda mientras intento que se corra.

—Joder, sí —gruñe—. Justo así. Bien guarra.

Me rodea la cabeza con sus grandes manos y sonríe cuando lo miro. —Sin manos —ordena. Las dejo caer a ambos lados, con su polla todavía hundida en mi boca.

—Relaja la mandíbula, guarra —gruñe—. Deja que tu hombre tome el control. Voy a follarte esa boca hasta que te duela la mandíbula y te quedes sin pintalabios.

Mi corazón late con fuerza mientras intento mantenerme relajada y suelta. Me empuja la polla en la garganta hasta que se me aguan los ojos.

—Eso es —gruñe mientras me deja acostumbrarme a su tamaño. Justo cuando necesito respirar, Magnus se retira, dejándome tomar aire antes de volver a embestir, deslizando su duro miembro por mi lengua. Encontramos nuestro ritmo y dejo que él tome el control, follándome la boca mientras aprieta los dientes y flexiona sus brazos tatuados.

Por fin, soy libre de tocarme y me meto la mano en las bragas, frotándome el clítoris palpitante mientras él me mira con lujuria desesperada.

—Juega con ese coñito dulce, nena —gruñe mientras me meto dos dedos—. Cada vez que te toques, más te vale estar pensando en mí. ¿Sienta bien?

Gimo sobre su polla mientras entra y sale de mi garganta. Sienta tan bien rendirse a él. Dejar que tome el control.

Durante todo el tiempo, mantiene una mano en mi cabeza y la otra agarrando un puñado de mi pelo, manteniendo mi boca exactamente donde la quiere.

—¿Te gusta que te llene la garganta? —gruñe.

Cierro los ojos mientras gimo sobre su enorme polla.

—Sé que sí —dice mientras observa mi mano moverse más rápido sobre mi coño—. Tu boca sienta tan bien. Vas a hacer que me corra.

Esas palabras soeces me sacan de mi aturdimiento y me saco la mano de los pantalones. Se la rodeo con la mano y tomo el control, chupándole la polla mientras él emite sonidos guturales, bajos, casi primarios.

Está muy cerca. Lo noto. Se la meneo mientras le paso la lengua por el glande, provocándolo y ofreciéndole un espectáculo sexi.

—¿Quieres que me corra en tu lengüita sexi? —gruñe.

—*Sí* —suplico—. Hazlo.

—Abre bien —ordena. Abro la boca, colocando la punta de su polla en mi lengua mientras se la meneo con las two hands. Sus gruñidos y gemidos se vuelven más graves y pesados. Va a hacerlo. Va a correrse con fuerza.

Estalla con un gruñido y yo jadeo mientras espesos chorros de semen caliente inundan mi lengua, mis labios, mi garganta. Gimo mientras mantengo la boca abierta, queriendo recibir hasta la última gota.

Lo miro todo el tiempo y nunca he visto una imagen más sexi. Su pecho y brazos tatuados brillan a la luz de la luna. Sus ojos verdes destellan dorados mientras se corre.

p>

—Joder —susurra mientras desliza sus manos en mi pelo, echándolo hacia atrás—. ¿Está ese coño bien húmedo?

No me da tiempo a responder antes de descubrirlo por sí mismo. Se inclina, me levanta con facilidad y me baja sobre la enorme silla de madera del porche. Jadeo con las caderas ondulando mientras me desabrocha los vaqueros con manos rápidas y hábiles, y luego me los baja por las piernas temblorosas, con bragas y todo.

Lanza mi ropa a un lado mientras me abre las piernas con sus manos exigentes, desesperado por mirar. Jadeo cuando ve mi coño desnudo por primera vez. Es el único hombre que lo ha visto. El único que me ha visto así.

Contengo la respiración mientras esos feroces ojos verdes se deleitan con mi zona más íntima. La zona que guardé a salvo para él.

—Precioso —susurra, mirando con asombro—. Perfección rosa.

En este momento, sé que mi cuerpo fue hecho para él. Pertenezco a este hombre. Fui *hecha* para este hombre.

Todo mi cuerpo palpita de necesidad, el fuego lamiendo mis miembros. Estoy temblando en el límite, anhelándolo, anhelándolo todo.

Me toca suavemente el coño con los dedos, apartando un labio. —Tan rosa —susurra mientras mira, hipnotizado, mi entrada virgen.

Nunca me he sentido tan deseada como en este momento. Nunca me he sentido tan sexi. Esa mirada hambrienta en sus ojos verdes mientras se deleita con la vista… Dios santo…

—*Mío* —gruñe mientras se inclina y me prueba.

Echo la cabeza hacia atrás y grito cuando siento su boca caliente y suave en mi sexo ardiente. Desliza lentamente su lengua por mi hendidura y cuando llega a mi clítoris dolorido, vuelvo a gritar.

Ahí es cuando la lentitud se acaba. Se vuelve voraz… enloquecido…

Me *devora* el coño mientras mis piernas tiemblan sobre sus anchos y grandes hombros, salvajes y fuera de control.

Solo puedo concentrarme en su lengua celestial que se desliza arriba y abajo, adentro y afuera. Es puto éxtasis puro.

Y me lanza a una espiral…

CAPÍTULO ONCE

Magnus

—Sabes de puta madre —gruño contra su coño justo antes de volver a sumergirme, lamiendo su dulce y suave entrada. Ella retuerce las caderas mientras introduzco mi lengua en su interior, adorando la forma en que no para de jadear y gemir. Sus suaves muslos no dejan de temblar. Pequeños temblores que siento en las palmas de mis manos. Quiero saborear cómo se corre en mí. Quiero verla perder el control.

Me aparto y maldigo por lo bajo mientras contemplo su coño virgen con asombro. Es despampanante. Estoy cautivado y fascinado mientras observo cada hermoso centímetro: la suave turgencia de sus labios, el brillo resbaladizo de su excitación, la forma en que tiembla bajo mi mirada como si pudiera oír cada pensamiento obsceno de mi cabeza.

—Oh, Magnus... —gime, haciendo ondular las caderas como si suplicara que mi boca volviera a estar sobre ella. Como si ya no pudiera vivir sin mi contacto.

—*Preciosa*... —murmuro, deslizando el pulgar por el borde de su muslo, cerca de su coño, pero sin llegar a tocarlo—. Estás jodidamente perfecta ahí abajo, nena. Podría mirarte toda la noche.

Mueve las caderas en la silla y su respiración se acelera mientras recorro con la mirada su tentador cuerpo. Sigue llevando la camisa y la chaqueta, que ocultan la mitad superior de su cuerpo. Eso no puede ser.

—Ven aquí —ordeno mientras le quito la chaqueta. Se incorpora y le beso la boca mientras se la quito. Esta belleza prácticamente me mete la lengua hasta la garganta cuando rompo el beso para quitarle la camisa.

—Cada vez estás mejor —digo mientras miro sus pechos desbordándose del sujetador. La imagen es tan sucia y erótica con las piernas desnudas y abiertas, el pelo revuelto y salvaje. La mirada lujuriosa de sus ojos azules delata lo inocente que sé que es.

No espera a que la desvista. Es demasiado impaciente. Demasiado preparada para mi polla. Se lleva las manos a la espalda y se desabrocha el sujetador mientras me mira a los ojos. Inspiro con fuerza mientras observo cómo se lo quita y esas pesadas tetas caen libres.

Lo único que puedo hacer es mirar. Estoy cautivado y embelesado con su cuerpo desnudo.

—¿Te encuentras bien? —susurra cuando no me muevo.

—Sí —respiro, paseando la mirada de sus pechos desnudos a su suave sexo—. He esperado tanto tiempo este momento... Voy a hacer que te sientas bien, pequeña compañera. Jodidamente bien.

Le ahueco los pechos y arrastro la lengua y los labios por un pezón duro cada vez. Siento los latidos de su corazón en el pecho.

Se echa hacia atrás en la silla con un gemido sexi y esa pequeña señal de rendición hace que algo se suelte dentro de mí. Voy a *reclamarla*. Voy a *preñarla*. Voy a *marcarla*. Voy a hacer que esta chica grite de placer y voy a hacerla mía de una vez por todas.

Me inclino entre sus muslos, inhalando su embriagador aroma hasta que la cabeza me da vueltas. Huele a calor y a miel. Huele a gloria.

Márcala, gruñe mi oso de la nada. El olor de nuestra compañera le debe de estar volviendo tan loco como a mí.

Lo haré, le digo. *Solo ten paciencia.*

Gruñe con impaciencia, pero se tranquiliza y deja que yo tome el control.

Le doy un beso suave y delicado en la cara interna del muslo. Deja escapar un jadeo tembloroso y enreda los dedos en mi pelo mientras me acerco lentamente, con el aliento caliente contra su piel húmeda.

Empuja su coño hacia mi boca como si no pudiera soportar esperar un segundo más. Sonrío mientras la hago esperar, torturándola un poquito.

—*Magnus*... —gime, apretando los ojos mientras arquea la espalda—. *Por favor...*

Echo un último vistazo a su precioso coño y luego vuelvo a sumergirme, deslizando la lengua entre sus pliegues, lenta y deliberadamente, saboreando cada segundo que puedo probar a mi compañera. Me abro paso hasta su clítoris y lo rodeo con la punta de la lengua. Ella se arquea, separándose de la silla con un grito profundo y pesado.

No me canso. Empiezo a lamerla por todas partes: largas y lentas caricias que se convierten en firmes y profundos giros alrededor de su entrada y su clítoris hasta que ella tiembla y gimotea frente a mí, las caderas se mueven contra mi boca, las tetas rebotan al ritmo de mi lengua.

—Joder, sabes a gloria —gimo contra ella, apretando el agarre en sus muslos para mantenerla quieta mientras la devoro—. Y eres toda mía, joder.

Está *tan* húmeda. *Empapándome* la boca y goteando por mi barbilla. Me *encanta*, joder. Lameteo con avidez todo, recogiendo *cada* gota que me da.

Sus pequeños gemidos se convierten en gritos mientras le cojo el culo con mis grandes palmas, atrayéndola más cerca, levantando su coño hacia mi boca para poder chupar más fuerte, lamer más rápido y más profundo. Hinca las manos en su salvaje pelo negro, sus mejillas sonrojadas brillan rosadas. Esos ojos sexis entornados y fijos en mí como si intentara grabarse esto en la memoria para siempre.

Sé que está cerca. Lo siento en la forma en que su cuerpo se contrae, en cómo su respiración se vuelve entrecortada, en cómo

sus gritos suenan como si estuvieran a punto de estallar como un volcán.

—¿Vas a correrme encima? —gruño entre lametones—. ¿Vas a correrme por toda la boca?

—*Sí*... —susurra, agarrándome la nuca y apretándose contra mi boca como si estuviera desesperada por liberarse—. Ya llega...

Le rodeo los muslos con los brazos y la inmovilizo mientras la arraso con la lengua. Mi boca se mueve sin piedad —arriba, abajo, de lado a lado—, los labios y la lengua trabajando su clítoris en un ritmo que la hace gritar en la noche.

Sus dedos se aferran a la silla de madera, el pecho agitado, el labio atrapado entre los dientes. —*Oh, mierda*... —jadea—. Me voy a correr...

Su voz se quiebra cuando el orgasmo la desgarra.

Se arquea, levantándose de la silla, gritando mi nombre mientras la sujeto y le chupo el clítoris, extrayéndole hasta el último estremecimiento. Sus piernas tiemblan, sus pechos rebotan mientras la intensidad la sacude de una manera que nunca antes había experimentado. Grita una última vez y luego se desploma de nuevo en la silla, temblando con agudos jadeos y pequeños gemidos deshechos.

Ralentizo mis caricias, dando a su coño caliente largos y suaves lametones de mi lengua y alargando su liberación todo lo que puedo. Sus manos encuentran mis mejillas, los dedos temblando, y me ahueca la cara mientras me mira con los ojos medio vidriosos.

—Ven aquí —susurra, con la voz temblorosa, mientras tira de mí hacia arriba.

Mi polla está dura como una puta roca mientras voy hacia ella, besándole la boca suave y dándole a probar lo dulce y suculento que es su coño.

Sus manos acaban por estabilizarse mientras se deslizan por mi pelo al tiempo que nuestras lenguas se reencuentran. —Eso... —susurra—, ha sido increíble.

—Nena, eso solo ha sido el calentamiento —susurro, dedicándole una sonrisa maliciosa—. Aún no has visto nada.

Jadea cuando la cojo en brazos y la sostengo contra mi pecho como si fuera lo más preciado del mundo. Para mí, lo es.

—Tenemos toda la noche —le digo.

Llevo a mi compañera a la casa y me dirijo directamente a mi dormitorio. Nunca ha estado aquí, pero no aparta la vista de mi cara en todo el rato.

—Bienvenida a mi dormitorio —digo al entrar—. Donde vas a pasar *todo* tu tiempo de ahora en adelante.

—Qué suerte la mía —susurra mientras mira a su alrededor.

La bajo sobre la cama y luego pulso el interruptor de mi chimenea de propano. Ya estoy volviendo hacia ella cuando el fuego prende con un *siseo*, iluminando la habitación con un sexi resplandor anaranjado.

Abre las piernas y se acerca a mí mientras me subo a la cama, con la polla dolorosamente dura.

No perdemos el tiempo.

Agarro mi duro miembro y guío mi gruesa cabeza hacia su pequeño y apretado coño.

—*Oh* —gime al sentirla empujar contra su agujero virgen—. *Eres enorme...*

Aprieto los dientes y empujo dentro de ella, sintiendo sus suaves y sedosas paredes apretándose a mi alrededor.

—*Oh, Magnus* —grita, sus uñas clavándose en mi piel—. *Joder*...

Mis dientes están apretados, mis brazos flexionados, cada gramo de mi atención está fijado en la sensación de su apretado coño estrujando mi gran polla.

—Eres mía —gruño mientras me entierro en ella, la base de mi polla presionando contra su clítoris—. Dilo. Di que eres mía mientras estoy enterrado dentro de ti.

—Soy tuya —gime, retorciéndose bajo mi cuerpo.

—Estás tan jodidamente apretada, nena. Se siente tan bien que podría quedarme dentro de ti para siempre.

—Oh, Dios —gime mientras me mantengo en lo más profundo. Su coño está increíblemente apretado. Me está *apretando* hasta matarme.

—¿Me sientes en lo más profundo de ti? —susurro mientras empiezo a balancear las caderas, probando este coño virgen y apretado—. Aquí es exactamente donde debo estar. Cada grueso centímetro pertenece a tu coño. Te sientes tan bien que no quiero parar nunca.

Mi compañera se aferra a mí mientras empiezo a deslizarme dentro y fuera de su virgen sexo, sintiendo sus sedosas paredes deslizarse a lo largo de mi miembro. Mi polla está cubierta de su dulce crema. Echo un vistazo y gimo al verla en mi miembro.

—Siento cómo me aprietas... tan fuerte... vas a hacer que pierda la cabeza.

—Oh, Magnus —gime mientras acelero el ritmo, jodiéndola más fuerte y más profundo.

—Cada vez que gimes mi nombre, me pongo más duro. Sigue diciéndolo.

—Magnus —gime de nuevo, cerrando los ojos—. Magnus.

Joder. Es tan jodidamente perfecta.

Acepta cada centímetro como si hubiera estado esperándolo toda su vida. Bombeo mis caderas hacia delante y hacia atrás, embistiéndola más rápido, más fuerte, probando cuánto puede aguantar este dulce coño.

Entreveo sus tetas desnudas balanceándose de un lado a otro y me lanzo sobre ellas con mi boca hambrienta, lamiendo, chupando y mordisqueando sus pezones. Ella gime mientras desliza sus manos en mi pelo, sujetándome contra su pecho mientras reclamo su cuerpo.

—Qué chica tan buena —gruño—. Aceptándome tan profundo. Déjame oír esos bonitos ruiditos.

Gimotea y me gime al oído, volviéndome loco. Ya estoy obsesionado con ella. Soy adicto a esta chica.

—Voy a marcarte por dentro y por fuera —le prometo—. Nadie te hará sentir así nunca más que yo.

Una vez que digo la palabra «marcar», mi oso interior se anima. Gruñe en mi oído mientras miro su cuello, completamente estirado y expuesto mientras se retuerce bajo mi cuerpo.

Márcala. Hazlo.

Se me hace la boca agua mientras miro el lugar destinado a mis labios. Lo deseo tanto como él. Pero ella está disfrutando tanto... No quiero estropear su diversión...

—Oh —dice, un poco sorprendida cuando me mira a los ojos.

—*¿Qué pasa?* —Mi voz sale más grave y gruñona de lo que esperaba.

—Tus ojos —dice mientras entro y salgo de su apretado sexo—. Son dorados.

Mi oso está presionando, tratando de salir. Flexiono mi cuerpo y lo contengo, mis caderas nunca se detienen, mi dura polla todavía deslizándose dentro y fuera del cálido y húmedo coño de mi compañera.

—¿Qué está pasando? —susurra mientras me ahueca las mejillas, aceptando cada grueso centímetro que le estoy dando.

—Nada —miento—. Estoy bien.

Vete a la mierda, le rujo a mi oso mientras intento reprimirlo. No se mueve. Quiere nuestra marca en nuestra chica y no acepta un no por respuesta.

—Dímelo —dice mientras me besa en la boca—. No le mientas a tu compañera.

No puedo mentirle. Es lo último que quiero hacer.

—Mi oso quiere ponerte su marca.

Se toca el cuello, que debe de estarle hormigueando como un loco. —¿Aquí?

Asiento, con la respiración fuerte y agitada.

—Podemos hacerlo en otro momento —digo, con la voz como papel de lija en mi garganta.

—No —dice, girando la cabeza hacia un lado—. La quiero ahora.

La visión de su cuello expuesto desata a la bestia que hay en mí. Se abre paso, estirando e hinchando mi cuerpo. Mi piel se tensa alrededor de mis músculos abultados, mis dientes se alargan hasta convertirse en largos y afilados caninos. Gruño mientras un largo vello castaño brota de mis brazos y hombros, haciéndome parecer un monstruo.

Erica se gira y me mira a los ojos dorados, hipnotizada por el color. Me siento avergonzado de que me vea así. Le voy a provocar

pesadillas. Nunca volverá a mirarme igual.

—Eres tan hermoso —susurra mientras pasa sus manos por los lados de mi cara—. Mi compañero.

Todo se hace más grande, incluida mi polla. Su rostro se contorsiona en agonía mientras me engroso y alargo dentro de ella, estirando su ya apretado coño. Quiero parar e ir despacio, pero no puedo. Sigo empujando dentro y fuera a un ritmo despiadado.

—Márcame —susurra, girando la cabeza—. Marca a tu compañera.

Gruño mientras me lanzo sobre su cuello, clavando mis dientes en su carne mientras me aferro a ella.

Ella grita, pero no es todo de dolor. Su coño se contrae y pulsa en mi polla mientras se corre en ella por primera vez. La follo a través de ello, aferrándome a su cuello mientras mi oso transfiere nuestra marca.

Cuando por fin termina, la suelto y saco los dientes. Beso el punto herido mientras ella se sacude y tiembla bajo mi cuerpo, el feroz orgasmo sigue recorriendo su cuerpo.

La vista y la sensación de mi compañera corriéndose en mí son increíbles. No hay nada mejor que esto.

Metí y saqué mi polla de ella hasta que mi propio orgasmo se precipitó hacia adelante. La rodeé con mis brazos y mantuve mi polla dentro.

Voy a *preñar* a esta chica. Es *mía*.

Me aparto lo justo para mirarle la preciosa cara: las mejillas sonrojadas, los ojos vidriosos de placer, los labios entreabiertos y temblorosos. —Voy a correrme dentro de ti —gruño—. Voy a llenarte hasta que gotees de mí. Di que lo quieres.

—Lo quiero —gime, con la voz quebrada—. Lo quiero todo.

Eso es todo lo que necesito. Me estrello contra ella una última vez, con la polla enterrada hasta la empuñadura mientras el orgasmo me desgarra. Me corro con un *rugido*.

El semen caliente se vierte en lo más profundo de ella mientras mis caderas sacuden y muelen cada gota en su apretado y contraído coño.

Cuando por fin termina, me desplomo contra ella, aún enterrado dentro, aún sujetándola en mis brazos mientras la luz del fuego parpadea sobre nuestros cuerpos enredados. El latido de su corazón revolotea contra mi pecho, mi marca brilla débilmente en su cuello.

—Ahora eres mía —murmuro contra su piel, besando el lugar donde mis dientes rompieron su carne—. Mi compañera. Mi todo.

Inclina la cabeza para mirarme, todavía aturdida y hermosa. —Tuya —susurra.

La abrazo con fuerza, sintiéndome el cambiante más afortunado del planeta. —Ya lo creo —le susurro—. Y siempre lo serás.

EPÍLOGO

Erica

Tres años después…

—¿Ya te vas tan pronto? —dice tía Jenny con una risa mientras paso a su lado por el pasillo del hospital.

—Sí, claro, tan pronto —río—. Acabo de terminar un turno de doce horas. Tengo los pies destrozados.

—Vete a casa con tu marido cañón y exígele un masaje de pies —dice, sacándome la lengua—. Y puede que algo más.

—*Jenny* —digo, sintiendo que se me suben los colores mientras miro a mi alrededor. El pasillo está concurrido y, aparte de un tipo cualquiera que sonríe con suficiencia, nadie más parece habernos oído.

—¿Trabajas mañana? —pregunta mientras se aleja, ya en modo trabajo a pesar de que acaba de llegar.

—El jueves.

Se da la vuelta y me levanta el pulgar. —¡Nos vemos entonces!

Sonrío mientras la veo desaparecer en el hospital. En estos tres últimos años, mi relación con Jenny se ha estrechado mucho. Después de mi compañero oso cambiante cañón, es una de mis personas favoritas en el mundo. Es agradable saber que mi familia

paterna no está completamente podrida. Al menos nosotras dos somos decentes.

Mucho ha cambiado en los últimos tres años. Saqué el título de Diplomada en Enfermería —fue sugerencia de Jenny— y me *encanta*. Es emocionante, un reto y me encanta ayudar a la gente. Me ha dado una confianza, una alegría y una sensación de satisfacción que nunca antes había tenido. Estoy felicísima de haber encontrado esta profesión.

El trabajo ha sido increíble, pero mi vida en casa ha sido aún mejor.

Magnus es maravilloso, obviamente. Esa boca sucia y esas manos codiciosas también me han llenado de una inmensa alegría. No me canso de ellas. Es el mejor compañero del mundo. No puedo creer que llegara a plantearme abandonar este lugar mágico.

Y el lote que venía con él: Victoria, Julian, Lainey y Adrian. Dios, son tan divertidos. Por fin tengo una pandilla que me cubre las espaldas pase lo que pase. A veces pienso que así es como mis hermanos deberían haber sido conmigo. En fin, ellos se lo pierden. Ya no derramo más lágrimas por ellos. Tengo el recuerdo de mi tatuaje y con eso me basta.

Últimamente, el tatuaje no es tanto un homenaje a su memoria como un recordatorio de que siempre debo hacer lo correcto. De que siempre debo caminar hacia la luz y ser la mejor persona que pueda ser.

Conduzco a casa, cansada, pero también emocionada por ver a mi pequeña familia. No solo vuelvo a casa con Magnus. Tenemos un pequeño paquetito de alegría —el bebé más mono que jamás ha existido— llamado Nathan. Solo pensar en él me hace sonreír sin control.

El corazón se me acelera cuando entro en el camino de entrada y salgo del coche, deseando ver a mis chicos.

Magnus sale al porche sin camiseta y más sexi que nunca, sosteniendo a Nathan, que sonríe de oreja a oreja y extiende los brazos hacia mí.

—*Holaaaa* —digo mientras corro hacia las escaleras para cogerlo. Chilla mientras casi se parte en dos intentando salir de los brazos de

Magnus para meterse en los míos.

Ese abrazo… *Mmmmm*. Es tan perfecto. Cumplió un año la semana pasada, pero ya va gateando por ahí como si fuera el alfa de la casa.

Aspiro el cálido aroma a bebé de la cabeza de Nathan mientras se acurruca en mi hombro, agarrando mi collar y un mechón de mi pelo. Sus babosos besos me cubren la clavícula.

—¿Me has echado de menos hoy, osito? —susurro mientras le froto la diminuta espalda. Emite un zumbido somnoliento y me da palmaditas en el hombro como si se estuviera asegurando de que estoy aquí de verdad.

Magnus nos observa con esa mirada que todavía me derrite: tierna y llena de asombro, como si no pudiera creer que somos reales. Como si hubiéramos salido de sus sueños para entrar en su vida.

—Me mata que hagas esos turnos tan largos —dice, besándome la coronilla mientras me rodea la cintura con un brazo fuerte.

Aspiro su aroma viril mientras apoyo la cabeza en su pecho. —Pero me encanta. Aunque os he echado de menos.

Sonríe mientras se aferra a mí como si pudiéramos quedarnos aquí toda la noche. —Nosotros también a ti. Alguien ha intentado comerse una cera hoy.

Nathan suelta un pequeño chillido ante la acusación. Sin embargo, no es de protesta. Parece muy orgulloso de sí mismo.

Es media tarde y entramos. Magnus está preparando la cena y yo juego con Nathan en la alfombra mientras él termina. Nathan *no* quiere compartir a Sophie la Jirafa.

Adoro nuestra casa. Magnus no para de hablar de comprar una casa más grande en un lago, pero a mí me gusta la calidez y lo acogedora que es nuestra pequeña cabaña. Aquí es donde me trajo por primera vez y me marcó hace tantos años en aquella noche mágica.

Me toco el cuello y gimo mientras cuento los minutos hasta la hora de dormir de Nathan. Me encanta jugar con mi pequeño cachorro, pero mamá también tiene otras necesidades que se están

manifestando mientras observo a mi guapo compañero moverse por la cocina con soltura.

Después de una deliciosa cena juntos, bañamos a Nathan y lo acostamos. Se resiste a dormir, por supuesto, pero es una batalla perdida. Con sus regordetes dedos rodeando los míos, finalmente suelta un último suspiro y se queda dormido.

Me quedo allí un momento, observando su pequeño pecho subir y bajar, antes de que Magnus me arrastre suavemente de vuelta al pasillo.

No hablamos mientras vamos al salón. No es necesario. El aire entre nosotros está cargado de tensión, de hambre, de la promesa de lo que está a punto de suceder. Lleva gestándose toda la noche.

Me hundo en el sofá con un suspiro y me quito los calcetines. Magnus se arrodilla frente a mí y sus enormes manos tatuadas me rodean las pantorrillas mientras las coloca en su regazo.

—Deja que te cuide —dice en voz baja, con un tono bajo y reverente.

Cierro los ojos mientras sus pulgares empiezan a masajearme los doloridos arcos de los pies. Es la gloria. Me frota los dedos y me masajea los talones. Es tan bueno en esto…

Pero entonces sus manos empiezan a subir más arriba: lentas y deliberadas por mis pantorrillas, detrás de mis rodillas, deslizándose por la cara interna de mis muslos.

Abro los ojos y me encuentro con su ardiente mirada verde fija en mí.

—Eres un peligro —susurro, con la respiración entrecortada.

Se inclina hacia delante y me agarra los pantalones, bajándomelos lentamente. —¿Creía que te encantaba el peligro?

Y así es. Sobre todo cuando se presenta en la forma de este hombre guapo y de hombros anchos que sabe exactamente cómo hacerme sentir la mujer más deseada del mundo.

Todo lo demás se desvanece mientras me quita los pantalones y los deja caer al suelo, con su boca recorriendo cada centímetro de piel como un hombre hambriento.

Entierra la cabeza entre mis piernas y me devora hasta que gimo contra el cojín del sofá.

Este hombre no ha hecho más que empezar.

Levanta mi cuerpo inerte, se sienta en el sofá y baja mi palpitante coño sobre su verga grande y larga. Se desliza dentro como si fuera exactamente donde debe estar y la sensación es tan buena que se me olvida hasta mi propio nombre.

Solo puedo concentrarme en la increíble sensación de deslizarme arriba y abajo por su duro miembro hasta que me lleva a otro orgasmo demoledor.

Mucho tiempo después, me he desplomado en sus grandes brazos protectores, completamente satisfecha. Completamente deshecha. Completamente suya.

Y en el cálido resplandor de nuestro silencioso salón, con nuestro bebé durmiendo plácidamente al final del pasillo, me vuelvo a enamorar de mi compañero.

EPÍLOGO

Magnus

Veinticinco años después...

Bebo un sorbo de mi café matutino y sonrío mientras observo a los niños jugar en el lago. Son doce, y están pasando el mejor verano de sus vidas. Cuatro de ellos son míos, y el resto son mis sobrinos. Tres están en su forma de oso, chapoteando entre las algas —el grizzly de Hunter siempre está buscando ranas—, y los demás saltan desde el embarcadero, nadan o van en los kayaks.

Me apoyo en la barandilla del porche mientras los miro abajo, escuchando sus chillidos y risas con el corazón tan lleno que duele.

Tomo otro sorbo de café y, por un segundo..., simplemente me permito sentirlo.

Gratitud. Paz. Asombro.

Esto es lo que hemos construido.

Todavía tenemos el estudio de tatuajes, pero hemos contratado a varios artistas jóvenes con talento para que trabajen allí. Nosotros solo nos pasamos de vez en cuando, cuando nos entra la vena artística.

Sigue funcionando a pleno rendimiento. Sigue siendo popular. Sigue siendo la base de todo esto. De todo lo que hemos construido.

Hace una década y media, compramos una gran extensión de terreno aquí, junto al lago, y con el tiempo fuimos viniendo todos hacia aquí: Julian y Lainey primero, luego Victoria y Adrian, y finalmente Erica y yo con nuestros hijos a cuestas. Ahora tenemos tres casas enclavadas entre los árboles, conectadas por senderos, cenas familiares e interminables historias alrededor de hogueras. Las luces del porche siempre están encendidas. El café siempre se está haciendo. Nuestros seres queridos siempre están yendo y viniendo.

Y el bosque está lleno de vida con los sonidos de nuestros cachorros.

El menor de Erica y mío, Ethan, tiene trece años y todavía duerme como un tronco, incluso con una docena de primos gritando al otro lado de la ventana. Nuestro hijo mayor, Nathan, está en la universidad, pero ha vuelto a casa para pasar el verano y ya lo han liado para hacer de socorrista en el lago.

Dios, adoro a nuestros hijos.

Adoro toda esta maldita vida.

A veces todavía no me lo puedo creer. Que aquí es donde hemos acabado. Que un oso solitario y medio salvaje como yo encontrara a su pareja y construyera una vida que resultó ser así de buena.

—¿Quieres desayunar? —pregunta una voz familiar desde dentro.

Sonrío y me giro para encontrar a mi pareja de pie en el umbral de la puerta, con una mano en la cadera y la otra sosteniendo una taza de café. Va descalza y lleva una de mis viejas camisetas gigantes con el pelo recogido en un moño desordenado. Y sigue siendo la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

—Tengo hambre de ti.

Sus mejillas empiezan a sonrojarse mientras se acerca, deslizando la mano sobre mis costillas. —No empieces. Harás que me ponga en marcha.

—Tú siempre me pones en marcha —digo mientras la rodeo con el brazo por los hombros y le beso el pelo.

Ella mira a los niños divertirse y sonríe. —¿Puedes creer que hayamos creado todo esto?

Aspiro el aire fresco de la montaña y dejo que me llene los pulmones. —Cuesta creerlo —susurro—. Todavía me cuesta creer

que siquiera seas real.

Se ríe y me besa el hombro. —¿Eres feliz, Magnus?

Ni siquiera tengo que pensarlo. —Más feliz de lo que creía posible. Más feliz de lo que merezco.

Erica me mira con esos mismos hermosos ojos azules que me dejaron paralizado hace tantos años. Todavía están llenos de luz. Todavía me cortan la respiración. —Te lo mereces.

Miro a mi pareja y mi oso ruge de amor. No la merezco, pero cada día intento ser el tipo de hombre que sí lo hace.

—¡Buenos días! —grita Victoria desde el sendero de abajo. Lleva una pila de recipientes llenos de comida. Adrian la sigue con el zumo de naranja y el vino espumoso para las mimosas—. ¿Os apetece un desayuno familiar?

—¡Por supuesto! —le grita Erica—. Ya sabes que no puedo decir que no a unas mimosas.

—¿A que sí? —dice Victoria, riendo—. Julian y Lainey vienen con fruta y masa para tortitas y... ¡*Hunter*! ¡Deja de comerte las ranas!

Me río cuando el cachorro de grizzly de Hunter mira a su madre con dos patas de rana colgando de la boca. Se detiene un momento y luego engulle a la pobre criatura.

—Este niño —dice Victoria, negando con la cabeza mientras mira a Adrian—. Eso lo ha sacado de ti.

—Mi oso polar se come una rana *una vez* y no hay día que no me lo recuerdes.

Adrian tiene más canas en la barba ahora, pero el tío sigue estando fuerte como un roble. Él y Victoria están más unidos que nunca: siempre riendo, siempre discutiendo, siempre escapándose como adolescentes cuando creen que nadie los ve.

Julian y Lainey bajan a continuación por el sendero, cogidos de la mano. Parecen salidos de una maldita revista: él tiene ahora ese aire interesante de pelo canoso, y por ella no ha pasado ni un día. Su hija mayor, Angelica, está de visita este fin de semana con su marido y han traído a su niño pequeño, que ayer correteaba por ahí con un pijama de osito de peluche que nos tenía a todos obsesionados.

—¡Niños! —brama Adrian con su voz profunda y resonante—. ¡A desayunar!

Todos se giran y empiezan a salir del agua, goteando por todo el embarcadero. Nathan empieza a lanzarles toallas mientras los kayaks regresan y los osos se transforman de nuevo en nuestros hijos. Ese bramido incluso ha despertado a Ethan, que sale de la cabaña en calzoncillos, bostezando con el pelo de punta.

—Guau —dice Erica, sonriendo mientras observa todo lo que está pasando—. Qué afortunados somos.

Sonrío mientras Ethan se acerca a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro, bostezando tan fuerte que le veo las amígdalas. —Desde luego que sí —susurro.

Erica apoya la cabeza en mi otro hombro y le beso la coronilla. Su delicioso aroma sigue siendo el mismo. Sigue haciendo que mi oso ruja de felicidad. Sigue haciéndome sentir completo.

Todavía no he olvidado cómo me sentía antes de ella: lo inquieto y roto que estaba, como si mis huesos no encajaran bien dentro de mi piel. Ella lo cambió todo para mí. Desde el primer segundo, todo en mí lo supo: esta es la persona a la que estaba esperando. Esta es la persona a la que pertenecía. Esta es la persona a la que amaba.

Me salvó.

Me sigue salvando, cada maldito día.

Ethan baja las escaleras para ayudar a su tía Victoria con la comida. —Ethan, nunca te había visto levantado tan temprano —bromea ella mientras él coge un par de recipientes.

—¿Recuerdas nuestro primer beso? —susurra Erica, dándome un codazo suave mientras todavía estamos solos.

Sonrío. —En mi camioneta. Me acusaste de usarte para poner celosa a otra mujer.

Hace una mueca. —Dios, estaba hecha un desastre.

—No, *yo* era un desastre —digo, girándome para ahuecarle la cara con las manos—. Tú lo eras todo. Y lo sigues siendo.

Ella pone los ojos en blanco, pero tiene las mejillas sonrosadas. —Sigues siendo un sensiblero.

Me inclino más cerca, rozando mis labios contra los suyos. —Solo por ti.

Los niños suben corriendo por el sendero, empapados y gritando sobre gofres y sirope. Nuestro tercer hijo, Finn, lleva a su primo

pequeño a la espalda, que grita porque se ha clavado una astilla en el pie. Es un caos. Ruidoso, desordenado y perfecto.

—Hora de dar de comer al zoológico —dice Erica mientras todos invaden nuestro porche. Tenemos el porche más grande, así que las comidas al aire libre suelen ser en nuestra casa.

Unos minutos de caos más tarde, Victoria ya le ha sacado la astilla del pie a Christopher, yo he hecho unas cuarenta tortitas, las bandejas están puestas y la mimosa está medio bebida.

En cuanto dejamos los platos en la mesa, los niños se lanzan a por ellos, dándose codazos, clavando tenedores y cogiendo hasta el último bocado de comida.

—No tengo hambre —dice Hunter, con el plato vacío delante de él.

—¿Cuántas ranas te has comido? —pregunta Victoria con el ceño fruncido—. Di la verdad.

—Tres.

Todos se ríen mientras ella le pone un bagel en el plato. —Cómete esto.

Erica se acerca y me rellena la mimosa, dedicándome una sonrisa sexi en el proceso. Dios, solo quiero bebérmela a ella.

Bebo un sorbo de mi bebida y me echo hacia atrás, dejando que el calor del sol me empape la piel.

Esta vida... este amor... esta familia.

Era todo lo que no sabía que necesitaba. Todo lo que nunca me atreví a desear. Y ahora que lo tengo, nunca daré por sentado ni un solo segundo.

Quiero vivir esto para siempre.

Erica. Yo. Nuestros hijos. Nuestra familia. Este hermoso legado.

Nunca me cansaré de nada de esto.

Puede que ahora sea mayor. Mi barba está veteada de gris y mis articulaciones crujen más fuerte que antes, pero el fuego en mi pecho —mi amor por mi pareja— arde más brillante que nunca.

Y siempre lo hará.

Para siempre, hasta mi último aliento y más allá.

Porque una vez que un oso encuentra a su verdadera pareja...

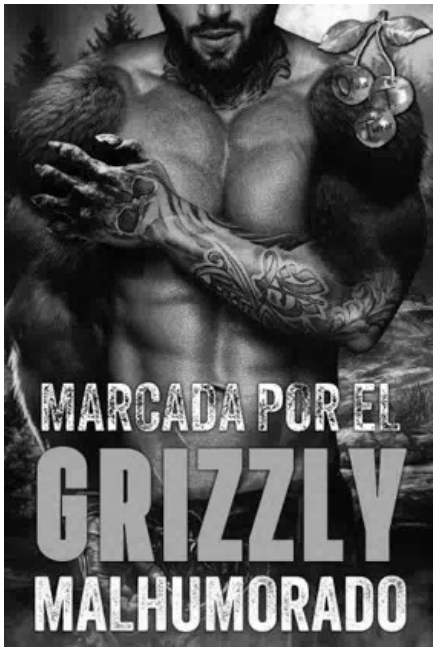
Ese fuego arderá para siempre.

El fin.

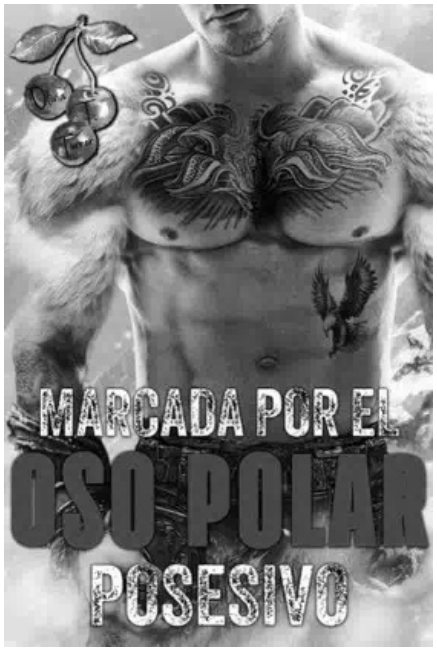
Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ

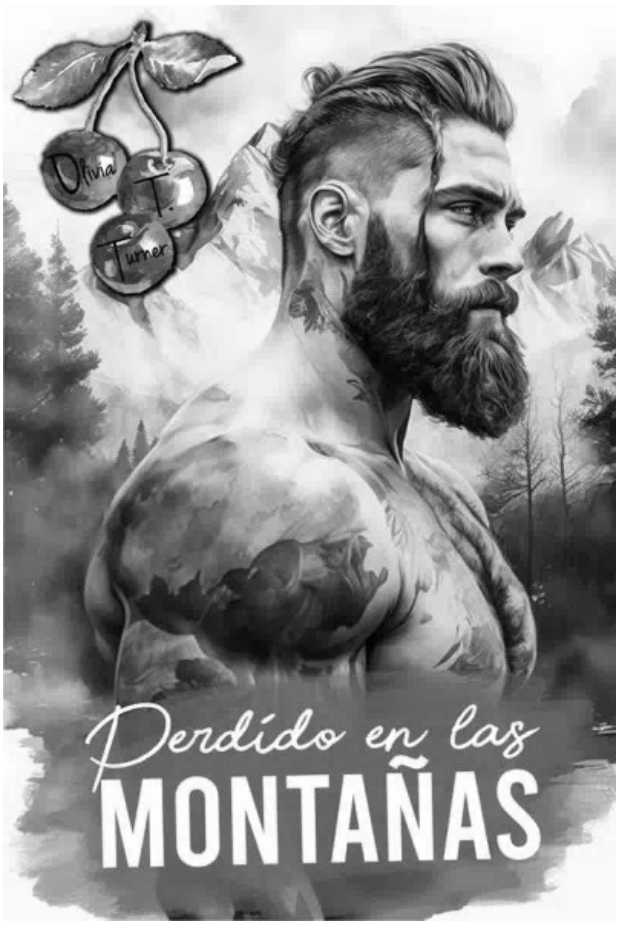


Marcada por el Grizzly Malhumorado
Calor & Tinta libro 1
Olivia Turner
Obtén el libro aquí



Marcada por el Oso Polar Posesivo

Calor & Tinta libro 2
Olivia Turner
Obtén el libro aquí



Perdido en las montañas
Los Chicos de la Montaña Greene
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Tomé un giro equivocado en estas locas carreteras de montaña en medio de una intensa tormenta y ahora estoy atascada.
La carretera es puro barro. O incluso podría ser arenas movedizas por la forma en que está tragándose mis neumáticos.
No voy a ninguna parte.
Lo cual es un fastidio porque tengo un lugar importante al que ir.
Soy la dama de honor en la boda de montaña de mi mejor amiga y la cena de ensayo es mañana.

¿Cómo demonios voy a llegar a tiempo?
No hay nadie alrededor para ayudar y si me alejo, probablemente termine siendo la cena de un oso grizzly.
Necesito un hombre.
Un hombre de montaña grande y musculoso para sacar mi coche del barro.
Y justo cuando estoy en mi momento más desesperado, uno aparece.
Tyler Becker.
Grandes músculos, tatuajes atractivos y una barba que podría hacer que una monja reconsidere sus decisiones de vida.
Sale de la camioneta como un sueño hecho realidad.
Y aquí estoy yo, pareciendo una pesadilla.
Mojada, malhumorada y cubierta de barro.
Pero por alguna razón loca, este guapo hombre de montaña está bastante prendado de mí.
Parece un poco obsesionado.
Para alguien que estaba irremediablemente perdida hace un minuto,
De repente me siento encontrada...

Carrie puede estar perdida, pero está exactamente donde necesita estar: en los grandes brazos tatuados de un ardiente hombre de montaña posesivo. ¡Este alfa obsesivo sabe cómo tratar bien a una chica de ciudad!

Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión en una lectura sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí
